

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD
CATÓLICA DEL PERÚ**

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES



Recuperación del espacio público barrial para la reconstrucción del tejido urbano: Una experiencia de transformación comunitaria en el asentamiento humano Horacio Zeballos 2, Rímac

Trabajo de Suficiencia Profesional para obtener el título profesional de Licenciado en Sociología presentado por:

López Guevara, Esteban Jesús

Asesor:

Bobadilla Díaz, Percy Alberto

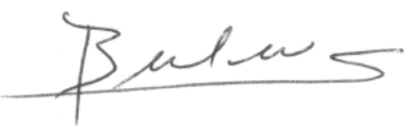
Lima, 2025

Informe de Similitud

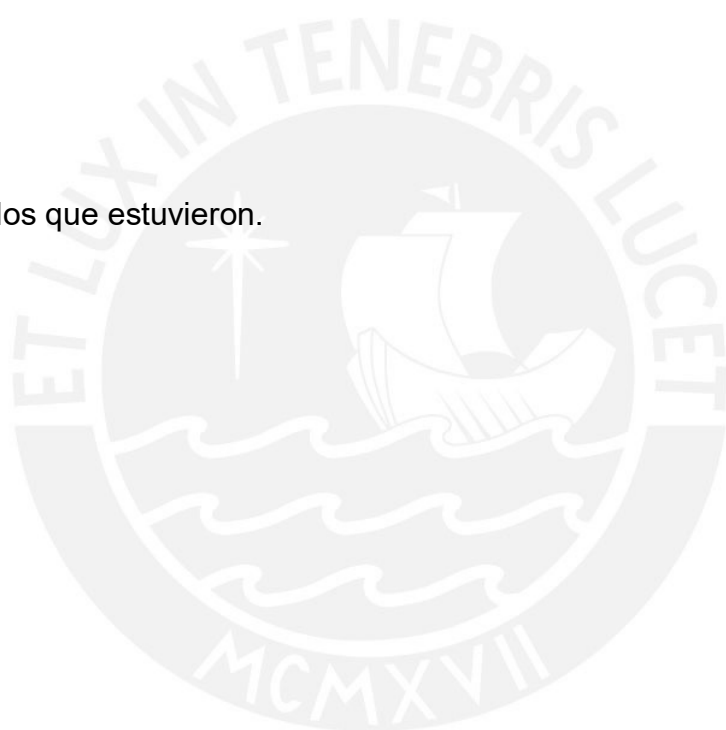
Yo, Bobadilla Diaz, Percy Alberto, docente de la Facultad de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica del Perú, asesor(a) de la tesis/el trabajo de investigación titulado Recuperación del espacio público barrial para la reconstrucción del tejido urbano: Una experiencia de transformación comunitaria en el asentamiento humano Horacio Zeballos 2, Rímac del/de la autor (a)/ de los(as) autores(as)..... Lopez Guevara, Esteban Jesus dejo constancia de lo siguiente:

- El mencionado documento tiene un índice de puntuación de similitud de 9%. Así lo consigna el reporte de similitud emitido por el software *Turnitin* el 01/09/25.
- He revisado con detalle dicho reporte y la Tesis o Trabajo de Suficiencia Profesional, y no se advierte indicios de plagio.
- Las citas a otros autores y sus respectivas referencias cumplen con las pautas académicas.

Lugar y fecha: Lima, 01 de setiembre del 2025

Apellidos y nombres del asesor / de la asesora: <u>Bobadilla Diaz, Percy Alberto</u>	
DNI: 08743407	
ORCID: 0000-0003-1769-585X	
Firma	

A los que están y los que estuvieron.



Resumen

Este informe sistematiza la experiencia de recuperación de un espacio comunitario en el asentamiento humano Horacio Zeballos 2, en el distrito del Rímac, destacando su impacto en la vida de los residentes tras la intervención. Impulsado por la Municipalidad de Lima en colaboración con LAB95 y actores locales, el proyecto tuvo como objetivo fortalecer el derecho a la ciudad en una zona de alta vulnerabilidad. Desde un enfoque participativo, la investigación se sustenta en teorías sobre transformación urbana, ciudadanía y la importancia de las organizaciones de base como agentes de cambio, analizando cómo la apropiación del espacio fortalece el tejido comunitario. La metodología empleada combina observación de campo, entrevistas semiestructuradas y análisis documental, permitiendo comprender el proceso de recuperación del espacio y su resignificación por parte de la comunidad. La investigación mostró que el uso cotidiano y la apropiación simbólica del espacio público son clave para fortalecer la identidad barrial y generar vínculos sostenibles. La participación vecinal activa no solo resignifica el espacio, sino que abre paso a nuevas formas de convivencia. Si bien la autogestión fue importante, se evidenciaron tensiones con las prioridades institucionales, lo que resalta la necesidad de articular objetivos comunes para asegurar la continuidad y relevancia de las intervenciones.

Palabras clave: espacio público, acceso a derechos, agente de cambio, ciudadanía, organizaciones sociales, metodologías participativas

Índice de contenidos

Introducción	1
Capítulo 1. Marco de referencia	3
1.1. Contexto profesional.....	3
1.1.1. La propuesta en el contexto de pandemia	3
1.2. Estado de la cuestión sobre el espacio público y sus usuarios	5
1.2.1. Acercándonos a una comprensión del espacio público	5
1.2.2. Los otros espacios que quieren ser públicos.....	9
1.2.3. Las organizaciones de la sociedad civil frente al tema urbano	12
1.2.4. Las posibilidades del espacio comunitario: una tarea compartida.....	15
1.3. Intervención y gestión de espacios públicos en américa latina	17
1.3.1. Recuperación de espacios públicos en zonas y para públicos vulnerables. 18	
1.3.2. Fortalecimiento y sostenibilidad de las intervenciones	20
Capítulo 2. Antecedentes	22
2.1. Acciones de la Municipalidad Metropolitana de Lima con organizaciones de base y espacios públicos	22
2.2. Caracterización inicial y actores clave	24
2.3. El espacio en evolución: redefiniciones a partir de la necesidad	28
Capítulo 3. Sistematización de la propuesta.....	35
3.1. La elección del lugar.....	35
3.2. Diseño e implementación del espacio	36
3.2.1. Proceso de diseño participativo en la rehabilitación del lugar.....	36
3.2.2. Dimensiones de impacto en el diseño	44
3.2.3. Ejecución del plan de diseño	48
3.3. Usos y apropiaciones del espacio recuperado	57
3.3.1. Transformaciones de los usos y apropiaciones	58
3.3.2. Apropiaciones simbólicas y percepciones comunitarias	60
3.3.3. Expectativas generadas y sostenibilidad del espacio	61

3.3.4. El ejercicio sociológico profesional en las intervenciones de espacios
comunitarios 62

Conclusiones 64

Referencias Bibliográficas 66



Índice de figuras

Figura 1. Ubicación espacial de Horacio Zeballos 1, Horacio Zeballos 2 y la vía principal	24
Figura 2. Espacio de la cocina de la olla común Familia Unida – Horacio Zeballos 2 ...	31
Figura 3. Espacio educativo implementado desde adentro	33
Figura 4. Inauguración de espacio comunitario entre ONG Caritas y miembros de la olla común.....	34
Figura 5. Mesa de debate entre cuidadoras de infantes.....	38
Figura 6. Cartografía social y mapeo territorial.....	39
Figura 7. Producto de los talleres con los infantes del asentamiento humano Horacio Zeballos.....	40
Figura 8. Producto de los talleres con los infantes del asentamiento humano Horacio Zeballos 2 con otros materiales.....	41
Figura 9. Plano del espacio a intervenir en Horacio Zeballos 2	50
Figura 10. Baranda provisional hecha por la población en zona de riesgo y de uso intensivo	51
Figura 11. Baranda provisional hecha por la población en zona de riesgo y de uso intensivo II	51
Figura 12. Diseño en 3D del espacio a implementar	52
Figura 13. Representación en 3D del muro y sol y sombra del espacio de interacción.	54

Introducción

Las sociedades contemporáneas se configuran en torno a conflictos entre grupos que compiten, de manera desigual, por recursos y poder, posicionando estas luchas como promotoras del cambio social. Sin embargo, aunque históricamente las comunidades han enfrentado desigualdades desde la resistencia y organización, la expansión urbana informal junto a giros neoliberales ha empobrecido los espacios públicos, debilitando su rol como plazas democráticas y escenarios de encuentro.

En este contexto, los espacios comunitarios, esenciales para fortalecer el tejido urbano, se ven afectados por la precarización de las condiciones sociales y territoriales, sobre todo en grupos vulnerables. La producción urbana actual pareciera integrar la marginalización como parte inherente del modelo de desarrollo, situando al individuo como agente clave en los procesos de transformación desde adentro.

Por otro lado, la ausencia de servicios en los asentamientos periféricos se agravó con la crisis sanitaria y alimentaria mundial de 2019. A raíz de ello, surgieron y se fortalecieron asociaciones de la sociedad civil como respuesta organizada frente a las nuevas demandas impuestas por la pandemia. Según la FAO (2021), entre 2014 y 2019 el número de personas que padecieron hambre aumentó en 43 millones, pero entre 2019 y 2020 el incremento fue de 118 millones. En este periodo, las ollas comunes se organizaron con el fin urgente de proveer alimento, pero su capacidad organizativa pronto las llevó a demandar nuevos derechos y promover un compromiso ciudadano activo.

Junto a la Gerencia de Participación Vecinal de la Municipalidad Metropolitana de Lima se trabajó la transformación de un espacio público barrial en el Asentamiento Humano Horacio Zeballos 2-Rímac, en alianza con la olla común Familia Unida y otros actores pertinentes. Este documento profesional sistematiza dicha experiencia y analiza cómo la intervención podría estar transformando la vida urbana del lugar dos años después de su implementación.

La propuesta inició con un enfoque de primera infancia; sin embargo, fue reorientada por la escasa oferta de espacios comunitarios, siendo este uno de los pocos lugares de encuentro barrial. Así, aunque la recuperación incorporó elementos de

Desarrollo Infantil Temprano (DIT), su objetivo trascendió esta etapa, involucrando al conjunto de la comunidad local.

El siguiente capítulo, Marco de Referencia, se organiza en tres secciones: 1) Contexto profesional, que comenta el origen del proyecto, sus objetivos y cómo la GPV articula sus acciones hacia estos fines, 2) Estado de la cuestión, donde se abordan enfoques sobre la producción del espacio, los actores que inciden en su transformación, los espacios de resistencia y el rol de las organizaciones sociales en el desarrollo territorial; y 3) Intervención y gestión de espacios públicos, que recoge experiencias de autogestión y organización comunitaria que dialogan con este Trabajo de Suficiencia Profesional al destacar el rol activo de la comunidad en la transformación de su entorno.

El tercer capítulo, Antecedentes, comenta las acciones previas que la MML realizó en algunos espacios públicos lo que evidencia su orientación hacia el desarrollo social y urbano. Asimismo, se presenta una descripción técnica del territorio de intervención y los actores que lo componen. El capítulo concluye con la revisión del proceso de composición sociohistórico del lugar a recuperar dentro del Asentamiento Humano Horacio Zeballos 2.

El capítulo central, sistematiza la experiencia e impacto de la recuperación del espacio. Se analiza la elección del lugar, luego se revisa el diseño metodológico aplicado en la formulación de la propuesta. A continuación, se desarrolla el proceso de implementación, su implicancia y sus dinámicas emergentes de uso y apropiación. Finalmente, unas reflexiones sobre el rol del sociólogo en este tipo de proyectos.

Como cierre, el documento hace una reflexión sobre los alcances de la experiencia, identificando sus potencialidades y limitaciones.

Capítulo 1. Marco de referencia

1.1. Contexto profesional

El presente documento congrega el trabajo de rehabilitación de un espacio en una zona vulnerable de Lima Metropolitana que se realizó desde la Municipalidad Metropolitana de Lima (MML) y en articulación con otras organizaciones e individuales, todo ello enmarcado dentro de las atribuciones de la Gerencia de Participación Vecinal (GPV) de la MML. Se trató de contribuir a la creación de espacios seguros para los vecinos y a través de metodologías participativas generar compromiso y que la población aledaña sean los responsables de su mantenimiento y cuidado. Además, generar alianzas estratégicas con organizaciones de base y otros aliados clave para la gestión de la GPV. Dentro de esta lógica, inició el camino del proyecto a sistematizar.

1.1.1. La propuesta en el contexto de pandemia

Se llevó a cabo una iniciativa de concurso impulsada por la Gerencia de Desarrollo Social (GDS) en colaboración con laburban95, y con financiamiento de la Fundación Bernard Van Leer. Esta convocatoria tenía como propósito que diferentes áreas municipales presentaran propuestas centradas en el desarrollo infantil, diseñando estrategias que, alineadas con sus planes institucionales y aprovechando sus propios recursos, pudieran ser implementadas con la población menor de 5 años.

Se quería impulsar iniciativas piloto de bajo costo y alto impacto territorial, con el propósito de validar estrategias y acciones orientadas a la primera infancia. Estas podrían ser acogidas por las distintas gerencias y, posteriormente, replicadas o escaladas a nivel del gobierno local.

Para el equipo de la Gerencia de Participación Vecinal (GPV) conformado para el proyecto, era prioritario orientar las acciones hacia los lineamientos de la propia Gerencia. Se buscaba desarrollar una propuesta que fortaleciera las relaciones entre la GPV, los líderes vecinales y las organizaciones sociales del territorio.

En ese marco, se priorizó el trabajo con nuestras organizaciones aliadas —las ollas comunes y los líderes vecinales de asentamientos humanos—. Así, la GPV al buscar, entre sus principales funciones, la participación ciudadana y el empoderamiento de los vecinos y vecinas para la toma de decisiones en sus

comunidades, se sugirió que la recuperación del tejido social y urbano era necesario para generar plazas de diálogo y encuentro. Para ello, se intervino en un espacio comunitario contiguo a una olla común, aprovechando su ubicación estratégica dentro de las dinámicas urbanas del barrio.

Con el nombre de “Construyendo un jardín para los niños”, el área Interdistrital de la GPV presentó su propuesta de trabajo que abarcó las brechas de acceso a recursos y la carencia de espacios comunitarios donde configurar aquellos reclamos y necesidades. Ambos componentes interconectados y que tenían estrecha relación con las directrices de GPV. Sin embargo, en las primeras fases se observó que no era viable limitar el uso de este espacio únicamente a la primera infancia, ya que ello podía restringir otros vínculos comunitarios y formas de apropiación colectiva por parte de diversos usuarios.

Se optó entonces por tomar algunos elementos DIT sin que esto significara una barrera para el uso del espacio para la comunidad en general puesto que la idea era lograr una ciudad, espacio bello, donde los lugares de su vida, de su trabajo y donde educaron a sus hijos tenga significancia (Tonucci,1996). El autor hace una reflexión de modelos de espacio diseñado para infantes, pero donde los beneficios son gozados por la comunidad en general ya que se hacen ambientes más sostenibles donde se prioriza la interacción y seguridad.

Esta iniciativa buscaba la convergencia de esfuerzos para generar un resultado que fuera, a la vez, atractivo y factible, articulando las diferentes visiones de recuperación urbana de las instituciones municipales, las organizaciones no gubernamentales y la propia comunidad.

A continuación, se plantea un diálogo entre autores clásicos y contemporáneos en torno a la noción de espacio público y sus posibilidades de transformación, uso y apropiación, el cual orienta la reflexión crítica de esta sistematización.

1.2. Estado de la cuestión sobre el espacio público y sus usuarios

1.2.1. Acercándonos a una comprensión del espacio público

El lugar de lo público y sus transformaciones teórico-prácticas mantienen una gran relevancia en el debate sociológico. Desde los clásicos como Henri Lefebvre y Richard Sennett, quienes defendían la agencia del individuo frente al espacio como medio para crear tus propios lugares, hasta David Harvey, que analiza las consecuencias del capitalismo en la configuración del tejido urbano, y Manuel Castells, quien concibe el espacio como un ente vivo con dimensiones políticas y comunicacionales, todos ellos forman parte de un proceso sociohistórico que puede ser visible desde lo particular e inmerso en condiciones estructurales y macrosociales que lo determinan de cierto modo.

El espacio público es un producto social y como tal se desenvuelve bajo dinámicas de poder ajenas al individuo común, que obedecen al capital y repercuten en la visión y construcción de lo urbano (Jamenson, 1991), pero que el ciudadano hace frente desde distintas prácticas.

Según Narciso (2022):

Así, la estructura urbana se convirtió imperativa para la acumulación del capital, sin que eso, a su vez, propiciara contracciones socioespaciales —ya que presuponía la organización de la sociedad desde una perspectiva espacial capaz de fijar y controlar a los individuos. (p. 169)

Luiz Cesar de Queiroz Ribeiro y Orlando Alves dos Santos Junior (2022) señalan que en las ciudades ha prevalecido el modelo neoliberal, el cual, pese a sus contradicciones en relación a la libertad de decisión de ciertos sectores, ha servido para profundizar las políticas de austeridad en beneficio de los grupos de poder. Esto ha dejado en evidencia una serie de fallas estructurales que, paradójicamente, se intenta corregir desde el mismo modelo que las generó. En consecuencia, la ciudad liberal continúa expandiéndose, a pesar de sus efectos negativos y de las implicancias que esto conlleva para las políticas urbanas y sociales.

Entonces, el espacio urbano está constituido por un lado normativo, creado por las condiciones y políticas existentes, pero que en definitiva está a disposición de sus ciudadanos para el uso y apropiación (Borja, 2003). No obstante, las disposiciones de estos lugares no siempre permiten estas acciones y muchos se ven limitados desde el acceso.

La centralidad y la accesibilidad, señala Borja (2003), son condiciones fundamentales para considerar un espacio como público. Se trata de áreas donde convergen servicios urbanos esenciales y se posibilitan experiencias compartidas y formas de expresión comunitaria. En esa misma línea, Dammert-Guardia y Vega Centeno (2023) afirman que “las centralidades concentran actividades humanas de tipo económico, social, cultural o político” (p. 65), por lo que el análisis del espacio público debe integrar tanto su dimensión urbanística como su condición de espacio habitado.

Desde una perspectiva complementaria, Takano y Tokeshi (2007) conciben el espacio público como una realidad multidimensional que implica generar identidades comunes y habilitar espacios de encuentro, con el fin de conformar un sistema integral de centros a distintas escalas. No obstante, advierten que la materialización de estas dimensiones depende tanto de la configuración física del lugar como de la capacidad de adaptación urbana de la ciudadanía. Esta lógica permite pensar en centros barriales como nodos que, aunque muchas veces inacabados y expectantes, concentran un uso intensivo e indiferenciado del espacio. Su identificación resulta clave para implementar estrategias de habilitación digna que fomenten la interacción ciudadana.

David Harvey (1979) llamará a esto “ciudad deseable”. Una utopía urbana, para algunos, de nodos centrales y distribuidos estratégicamente en el área que cubren en casi su totalidad las demandas de sus habitantes.

El urbanista nos invita a cuestionar el espacio como lo absoluto y más bien pensarlo como un sistema de relación entre individuo-objeto: el espacio relacional. Todo guarda significado solo si se manifiesta en interacción, más importante, solo si es posible la interacción. Al respecto, autores como Salcedo (2002) y Dammert-Guardia y Vega Centeno (2023), subrayan que el espacio público no debe verse únicamente como soporte físico de actividades, sino como escenario de relaciones sociales y disputas de poder. Es, por tanto, un espacio habitado, dinámico y socialmente producido.

Lefebvre (1969), por su parte, definirá su concepto de “derecho a la ciudad” como:

El derecho a la ciudad (no a la ciudad antigua, sino a la vida urbana, a la centralidad renovada, a los lugares de encuentros y cambios, a los ritmos de vida y empleos del tiempo que permiten el uso pleno y entero de estos momentos y lugares. Etc.) (p. 167)

En este sentido, la idea de una ciudad deseable resulta, en parte, utópica, porque “se plantea el derecho a la ciudad de forma abstracta, sin hacer referencia a los modos de producción y de reproducción de un tipo particular de ciudad” (Dammert- Guardia y Carrión, 2019, p.10). Más aún, en Lima, no podemos hablar de “una” centralidad; habitamos una ciudad profundamente diversa, con múltiples centros y formas de entenderlos.

Por consiguiente, hablar del “derecho a la ciudad” (Lefebvre, 1978) como herramienta conceptual para interpretar fenómenos actuales como el acceso a la vivienda, derechos ciudadanos y los asentamientos informales permite abrir el debate sobre las tensiones entre lo planificado (o no planificado), lo vivido y el desencuentro estructural. “Nos referimos a la desigualdad de oportunidades en equipamientos públicos que en principio están al servicio de todos los ciudadanos y también a la desigual distribución de equipamientos entre las centralidades” (Dammert-Guardia & Vega Centeno, 2023, p. 81).

Ya Matos Mar (1988) hablaba sobre sociedades paralelas que crecían bajo un mismo Estado, una muy diferente de la otra. Mientras la Oficial gozaba de derechos diversos, la Marginada, carecía de los elementos básicos, de derechos humanos.

La sobreurbanización del suelo trajo como consecuencia que muchos grupos poblacionales necesiten movilizarse a las afueras de la urbe porque económicamente vivir dentro no era una opción y vivir en zonas marginadas, aunque también costoso, representaba la única forma de subsistencia.

Además, los pocos programas gubernamentales latinoamericanos que existieron, llevaron la noción de vivienda a la estructura física, pero inconexa a servicios esenciales. Se crearon las villas miseria, barriadas, pueblos jóvenes, asentamientos humanos, la “ciudad informal” (Fernández Wagner, 2007).

Frente a las nuevas formas de urbanización —como las barriadas y los asentamientos humanos—, Narciso (2022) cuestiona la noción tradicional del espacio público como ámbito inherentemente democrático y plural. Advierte que esta concepción responde a una construcción artificial, replicada sin mayor cuestionamiento en diversos territorios y contextos topográficos. De este modo, la supuesta universalidad del espacio público como representación del bien común se revela como

un artificio ideológico que encubre las relaciones de poder que subyacen a su configuración y apropiación.

En esta misma línea, Salcedo (2002) reflexiona sobre el papel del espacio urbano como escenario de resistencia. Distingue entre el componente urbano en la modernidad y en la posmodernidad: en ambas, el espacio público se presenta como un lugar en disputa frente a los grupos de poder. No obstante, en el contexto posmoderno —atravesado por la migración hacia zonas vulnerables, el avance del desarrollo capitalista sobre el territorio y la expansión de modelos globales de producción—, emerge una ideología privatizadora que profundiza las brechas sociales. Aun así, es en estos espacios donde se actualiza su función social: como lugar de encuentro, intercambio, crítica y transformación.

Ante ello, las características afianzadas al concepto de lo público son obligadas mutar o quedar desfasadas. La ONU propondrá que los espacios públicos son “los lugares de propiedad pública o de uso público, accesibles y disfrutables por todos, gratuitamente y sin fines de lucro. Esto incluye las calles, los espacios abiertos y los equipamientos públicos” (Ocupa tu calle, ONU-Hábitat, Fundación Avina, 2018, p.37). Entendemos pues que existe una ruptura con la idea de grandes nodos, de grandes parques o plazas, los espacios públicos tradicionales para pasar a lo que conceptualizan Takano y Tokeshi (2007) como espacio comunal. Ahora lo público son también nuestros desplazamientos, los pequeños espacios apropiados -y aunque carentes- donde el colectivo crea significado.

Por tanto, “Es precisamente la gente quien le otorga sentido al espacio público, cualificándolo y dándole escala humana, ya sea como espacio de la cordialidad o espacio del conflicto.” (Takano y Tokeshi, 2007, p. 21). Repensar el espacio público que habitamos o queremos habitar es una condición necesaria y constante en la reflexión y práctica social.

La cotidianidad se establece como un componente necesario para entender este nuevo paradigma y la calle y nuestras rutas en la herramienta de diseño. El “circular”, los trazos de las personas, Michel de Certeau (1996) afirmaba que la manipulación sobre los espacios impuestos era importante para subvertir el control urbano, desviarnos

de lo concebido por los arquitectos y urbanistas clásicos para reinventar nuestras propias experiencias con el lugar.

Así, la adición del componente humano-comunitario en las ideas y organización sobre lo público renueva las dinámicas ya que involucran otros actores sociales de rol prioritario en la experiencia particular que se quiera abordar. Vivimos en interacción con el otro, trabajamos con recursos y personas afines, socializamos de acuerdo a servicios y equipamientos y circulamos liderados por nuestros derechos, motivaciones y obligaciones. Ese es el derecho a la ciudad. Tener la capacidad de actuar y expresarse en un ambiente justo y libre. Al vivir en sociedad, esto se logra solo con la participación de nuestros pares, de nuestros conciudadanos, nuestros vecinos.

1.2.2. Los otros espacios que quieren ser públicos

La mayor parte de la población vive en ciudades y el número sigue en aumento, es un hecho irrefutable. Michel de Certeau mencionaba que: “La forma actual de la marginalidad ya no es la de pequeños grupos, sino una marginalidad masiva” (De Certeau, 1996, p.47) Esta masificación urbana indiscriminada y sin planificación ha tenido como consecuencia asentamientos poblacionales carentes de servicios, equipamientos y, en consecuencia, derechos. No obstante, desde la autogestión, las personas tratan de ser promotores de su propia transformación. Así, este “espacio público expresa una doble dinámica: la de la construcción de imaginarios, representaciones y ciudadanía, por un lado, y la de atención a las necesidades cotidianas de la vida urbana por otro lado.” (Cabrera & Villaseca, 2007, p. 22)

Grazioli (2021) señalará que los okupas -aunque no son el claro de nuestra investigación, pero representan también un grupo ajeno a las dinámicas urbanas liberales- constituyen una forma de resistencia ante la ausencia de políticas efectivas de vivienda social en espacios con condiciones óptimas para habitar. Añade que estas son geografías autónomas donde se practica la “comunización” lo que promueve modelos alternativos de vivir la ciudad. Para efectos de este documento, “vivir la ciudad” se referiría a generar una esfera social a la par que es consciente de su independencia, límites y oportunidades.

Por un lado, desde un enfoque urbano-económico, se observa el crecimiento de las ciudades orientado por el status quo y por otro, las formas de hacerle frente y apropiarse de los espacios originados desde la carencia del mismo modelo.

Las interpretaciones de Castells sientan las bases de un modo de analizar los procesos urbanos desde un marco neoliberal, y al igual que Lefebvre, los movimientos sociales adoptan una bandera de lucha que trasciende largamente el derecho a la vivienda, se exige el derecho a la ciudad y todos sus componentes. (Soldano, Novick, Cravino, & Barsky, 2018, p. 14)

El derecho a la ciudad se posiciona entonces como una categoría de análisis, “El derecho a la ciudad ha logrado situarse como marco de referencia en distintos ámbitos (político, académico, pública urbana), pero con la consecuencia de convertirse en un eslogan general, y un discurso en disputa, una categoría polisémica.” (Dammert-Guardia, Carrión., 2019, p.9). Y nos deja entrever que solo en la disputa encontramos complejidad de demandas lo que enriquece las interacciones del espacio y es proclive a movimientos democráticos donde las voces de las personas generan tejido urbano.

Manuel Castells (1972), menciona que la acción urbana es una acción política, una instancia de entendimiento y sobre todo de deliberación y acción entre quienes conforman el espacio cohabitado. Grazioli (2021) refuerza esto al señalar que estos movimientos -a través de sus prácticas cotidianas- generan nuevas subjetividades y fortalecen sus redes de solidaridad. En este sentido, estos movimientos no solo representan formas de resistencia, sino que constituyen expresiones autónomas de producción del espacio y se desarrollan de forma independiente a las políticas públicas.

En el mismo sentido, Arendt (2002) considera que la libertad del individuo -y por tanto una oportunidad plena de desarrollo humano- solo se logra a través de la acción política y es el espacio público donde se concentran y concretan estas demandas. Lo urbano en definitiva puede ser entendido como una estructura sobre la que se cimientan relaciones complejas de interacción, apropiación y amalgama de lo común.

En adición, Salcedo (2002) y Soja (1996), señalarán que las mutaciones sobre el territorio son el reflejo de momentos sociohistóricos, debemos entender el territorio no solo como escenario, sino como narrativas ciudadanas inmersa en momentos

particulares. El espacio como parte de la función y práctica social crítica y los individuos como forjadores de lo primero.

Bajo las nuevas acepciones de lo urbano centrado en lo cotidiano y la producción de experiencias significativas, aproximarnos a este fenómeno nos invita a reimaginar lo público y cómo la apropiación lo define. Por un lado, reconocemos taras estructurales del espacio físico y el proceso socio-histórico de la población que habita en él, y por el otro lado, identificamos actores locales ávidos de fortalecer sus barrios y repensar lo urbano desde y para su comunidad. “Así, se busca analizar los espacios habitados en términos relacionales y dinámicos, como constitutivos de la vida cotidiana y la reproducción de desigualdades urbanas.” (Dammert-Guardia y Vega Centeno, 2023, p.63)

Ocupa Tu Calle et al. (2018), señala que las acciones urbanas deben ser críticas de la tendencia de privatizar los espacios públicos, es decir, construir espacios de abajo hacia arriba. La comunidad involucrada en el desarrollo de proyectos urbanos y en su proceso de implementación, en especial en sociedades cohesionadas por factores territoriales muy específicos. Sin embargo, esto ocurre poco y el espacio que habitan, “lo público”, pierde valor para el colectivo. Debemos entender que por sí sola la intención de crear espacios no es suficiente, hay muchos recursos que movilizar para que esto se pueda lograr.

En efecto, la ausencia de infraestructura y mobiliario urbano; la presencia de desechos sólidos; la contaminación visual y auditiva, así como los altos niveles de inseguridad, hacen que el espacio público se convierta en un lugar hostil para la comunidad, que opta por resguardarse en su espacio privado. (Ocupa tu calle, et lat., 2018, p. 18)

Ante esto, los procesos participativos adquieren importancia en la búsqueda de lo común sobre lo individual. Castells (1988) sostiene que los lugares, los espacios significativos para las comunidades tiene un factor muy alto de resistencia. La determinación de los sistemas ciudadanos, organizaciones sociales, entre otros grupos organizados que intermedian como socios y promotores del bienestar comunitario cumplen un papel promotor en la resistencia y transformación. David Harvey (2013) vuelve a señalar que el poder político local o es agente del sistema económico o bien sus prácticas bienintencionadas son pervertidas por el sistema.

Sin embargo, el derecho a la ciudad tiene un potencial fundamental: es a la vez una clave interpretativa crítica de la ciudad y de la urbanización y además es una base teórica para elaborar estrategias y desarrollar procesos socio-políticos transformadores de las sociedades urbanas (Lefebvre, 1969, p.28)

Por tanto, abrir la posibilidad a nuevas definiciones transversales para el desarrollo de programas y políticas sobre el tema urbano también resulta inherente a este informe profesional.

1.2.3. Las organizaciones de la sociedad civil frente al tema urbano

Las organizaciones de la sociedad civil han sido y son actualmente promotores de desarrollo en contextos y situaciones desfavorecidas. Para Robert Putnam (1993), las organizaciones son concebidas como una forma de capital social que emerge para resolver problemas concretos que las personas no son capaces de solucionar individualmente; por ejemplo, el acceso a espacios públicos. Su importancia radica en que no solo son instrumentos de acción colectiva, sino son agentes para la sostenibilidad y el reconocimiento como ciudadanos de derechos.

Por su parte, Ribeiro y Santos Junior (2022) define esto como "grupos motores", entendidos como actores locales que, de manera voluntaria, se involucran activamente en procesos participativos donde la comunidad desempeña un papel central. Estos grupos no solo actúan como intermediarios entre la ciudadanía y las instituciones, sino que también promueven la apropiación colectiva del espacio urbano al colaborar con entidades promotoras de proyectos.

Por su parte, Arnanz Monreal, García Montes y Villasante (2023) indican que la construcción del conocimiento va desde la transformación del objeto a sujeto activo que participa de los procesos y no solo son un instrumento o medio para lograr el objetivo. Dentro de esta lógica, es muy importante que los actores sociales estén comprometidos con la creación del mensaje y que sean el móvil para transmitirlo e interiorizarlo. Cabrera y Villaseca (2007), argumentarán que

Se han generado relaciones sociales y políticas distintivas como son por ejemplo el vínculo entre dirigentes barriales y autoridades locales o [...] la organización al interior de los barrios tanto para acceder a bienes privados como para atender necesidades colectivas, hechos en los que las mujeres han tenido un peso específico (p.16).

Así, este informe profesional rescata el trabajo que las ollas comunes han ejercido desde el inicio de la crisis alimentaria. Blondet y Montero (1995) indican que las ollas comunes -populares- nacen u obtienen mayor visibilidad en épocas crisis económicas, luchas sociales o políticas. En el contexto peruano, las ollas comunes recobraron una importancia central durante el punto más álgido de la pandemia de COVID-19, cuando la crisis alimentaria convocó una respuesta humanitaria internacional.

Antes de abordar este fenómeno, es indispensable conceptualizar las ollas comunes. Según la Ley N° 31458, las ollas comunes se entienden como iniciativas ciudadanas orientadas a la provisión de alimentos, caracterizadas por su participación comunitaria y que pueden ser temporales o permanentes (Congreso de la República del Perú, 2022).

Esto renovó el interés de formalización de estas organizaciones: por la urgencia de reconocimiento y visibilización de ellos y su contexto social. A pesar de esto, la permanente condición de precariedad de algunos sectores y la poca disposición de las instituciones públicas por generar políticas sostenibles en derechos e inclusión ha puesto de manifiesto la necesidad de generar nuevos arreglos que consoliden instituciones con valores y enfoques participativos.

Para Ostrom (2007), las instituciones son “conceptos compartidos utilizados por los seres humanos en situaciones repetitivas organizadas por reglas, normas y estrategias” (p. 23). Este enfoque, conocido como nuevo institucionalismo, se distancia del institucionalismo clásico al poner énfasis en la dinámica del cambio, la capacidad de adaptación y el papel activo de los actores territoriales en la construcción y transformación de las instituciones (North, 1990).

En este marco, las instituciones no son estructuras fijas, sino sistemas en permanente transformación guiadas por las prácticas compartidas de distintos grupos sociales. Por ello, el rol que desempeñan ciertos organismos sociales no adscritos directamente al aparato estatal —especialmente cuando se constituyen como organizaciones de ciudadanos— aparece como un componente clave para el análisis institucional (Rodríguez y Ríos, 2007, p. 6).

Paramio (2002), define esto como el life style-politics donde la vida cotidiana es el nivel más importante de satisfacción de sus ciudadanos y no les preocupan las crisis más allá de su comunidad. No es que se creen individualidades narcisistas sino -debido a la desgobernanza y ausencia de expectativa hacia la intervención del gobierno- las mejoras en las condiciones de calidad de vida recae en ellos mismos y se dedican a fortalecer la autogestión. No se interesan por problemáticas macro sociales o de política nacional. Esto genera conceptos, normas y deberes compartidos que son paralelos a los de las instituciones formales cuando lo óptimo sería abrir propuestas de inclusión y articulación entre sociedad civil y gobiernos locales.

En adición, autores como Richard Scott (2005) aseguran que las organizaciones vienen ampliando su ámbito de acción a facetas como las cognitivo-culturales a causa de los progresos alcanzados desde sus prácticas desestimadas por mucho tiempo.

Por ejemplo, Dimaggio (2006) analiza a organizaciones sin fines de lucro involucradas en la producción cultural y comenta que el sector tiene mayor determinación en los campos de la educación, participación y servicios sociales. Rodríguez y Ríos (2007), se suman cuando inciden en que la ecología social es un concepto clave para establecer una comprensión práctica entre lo que el entorno necesita y lo que la organización puede ofrecer para sus beneficiarios. De esta forma, se debe pensar a las organizaciones sociales -ollas comunes específicamente- dentro de todo el espectro de desarrollo, más allá del ámbito alimentario.

De esto, se resalta lo planteado por Percy Bobadilla (2016) cuando indica que el modelo de globalización y el entorno institucional ha procurado cambios en los discursos de desarrollo que orientan los proyectos. Específicamente, el sociólogo lo analiza desde las ongs, sin embargo, se resalta el modo en que hace notar aquellas estrategias y nuevos enfoques ligados a campos del desarrollo que desafían al espectro de la pobreza multidimensional (género, ciudadanía, medio ambiente, gobernabilidad, etc.) Y en el que intervienen diversos actores que construyen estos conocimientos y prácticas colectivas.

1.2.4. Las posibilidades del espacio comunitario: una tarea compartida

Un fenómeno derivado del crecimiento urbano es la fragmentación del mismo. Richard Sennet (1977) argumenta que la modernización y urbanización han fragmentado la vida pública, que hay un declive en la capacidad de las personas para participar en lugares auténticos de interacción. Se ha roto la capacidad de generar vínculo con el otro y con esto han caído las demás esferas de la vida social. De esta forma, “La segregación social y territorial no sólo excluía el derecho a la ciudad, también suprimía la conciencia de ciudadanía” (Borja, 2018, p.27). Así mismo, para Sennet (2000) “el capitalismo flexible ha transformado las relaciones humanas y la organización social, dificultando estos compromisos” (p.30), compromisos como la gestión de un espacio comunitario, por ejemplo.

Tratamos por tanto de relacionar entornos urbanos y dinámicas innovadoras. Buscando hábitats donde la innovación encuentre oportunidades para su desarrollo. En las instituciones predomina una lógica de regularidad, de seguridad jurídica y de garantía homogeneizadora que no favorece el que surjan nuevas soluciones para nuevos y viejos problemas (Subirats, 2012, citado en Carrión Mena & Dammert-Guardia, 2014, p.244).

Es momento pues de entablar sinergias entre Estado, gobiernos locales, grupos sociales y otros aliados para contemplar la construcción de proyectos críticos, proyectos de latinización (García Canclini, 2002) que buscan recuperar las dinámicas sociales y culturales propias de las comunidades.

Para aproximarnos al objetivo, Jordi Borja (2003) explica que “Hoy, la innovación política es posible y necesaria en los ámbitos globales y en los locales o regionales. Especialmente en las ciudades y en las regiones entendidas como sistemas articulados.” (p.32). Esto remarca la urgencia de abordar políticas urbanas sobre todo en contextos ciudadanos donde la desigualdad es más marcada.

El poder político local, representado por los gobiernos municipales y los movimientos sociales -ambos considerados nuevos actores estratégicos- poseen un alto potencial transformador junto a narrativas que pueden ser entrelazadas en objetivos comunes. Sin embargo, la desconfianza hacia el Estado, derivada de los pocos programas estatales de desarrollo urbano y vivienda implementados en los años 70, que terminaron por socavar la mínima confianza existente, ha llevado a muchas personas a priorizar proyectos autogestionarios.

La distribución del ingreso aún es desigual y las necesidades de suelo y de vivienda de los sectores de menores ingresos no son atendidas por las autoridades correspondientes. Por tanto, siguen existiendo zonas homogéneas de pobres (Ruvalcaba y Schteingart, 2012) en las que se ubican los asentamientos irregulares, sobre todo en la periferia de la ciudad (Lourdes Vega, 2022, p.184).

Estos asentamientos irregulares no solo reflejan la desigualdad económica, sino también la incapacidad del Estado para conducir el desarrollo urbano de manera efectiva. La ausencia de instituciones sólidas encargadas de la planificación espacial y los cambios aprobados en la política urbana han profundizado esta problemática, dejando a amplios sectores de la población al margen de la ciudad formal y de sus derechos básicos. Por su parte Takano y Tokeshi (2007) comentan que

En muchos casos, para los sectores bajos, esta producción formal desde el Estado se ha reducido a la entrega de suelo y a su mejoramiento en un primer momento, aprovechando una situación en la que las familias demandaban solo el espacio vital para edificar progresivamente sus viviendas (p.13).

Frente a esta realidad, las políticas deben contemplar las diferentes esferas de la vida social, crear espacios de interacción y promover el ejercicio de los derechos ciudadanos como estrategias fundamentales para construir comunidades inclusivas y sostenibles. El espacio público se convierte en un medio para lograr el desarrollo local de una comunidad, donde se promueve la participación conjunta y se destaca el soporte de los gobiernos locales y aliados comunitarios estratégicos.

La comunicación y entendimiento entre los líderes sociales y el trabajador público se hace imprescindible puesto que los primeros reclaman derechos reivindicativos: vivienda, seguridad, participación, etc., y los segundos deben garantizar y promover la reivindicación de estas demandas, el derecho a la ciudad entre ellos.

La importancia radica en mantener con el tiempo el nivel de resiliencia de los actores sociales a través de herramientas, conocimientos, pero sobre todo experiencias de comunidad, como lo es un espacio público-. Hacer sostenibles las intervenciones y generar un compromiso real comunitario donde la cohesión cala en sus propios usuarios. Esto no hace sino reafirmar la importancia de los espacios públicos para reconocerse entre pares, entre conciudadanos, para la formulación de instrumentos y canales de comunicación donde se fomente la participación y dinámica comunitaria.

Sin embargo, se reitera que, “la creación de asentamientos irregulares en sitios no autorizados continúa, sin servicios públicos, en terrenos con fuertes pendientes, sin equipamientos colectivos y alejados de los centros urbanos.” (Lourdes Vega, 2022, p. 185).

Para Lefebvre (1969), el fenómeno del control de la ciudad, de lo urbano, por medio de marcos globales, restringe la oportunidad de lo territorial y homogeniza espacios en favor del mercado lo que no siempre es favorable a las dinámicas

locales. “Por todo ello la ciudad, como institución específica, tiende a desaparecer, lo cual la destruye en cuanto obra de grupos originales, a su vez específicos.” (p.116). No obstante, el autor se pregunta si “¿Podrá la vida urbana recobrar e intensificar las casi desaparecidas capacidades de integración y participación de la ciudad, que no son estimulables ni por vía autoritaria, ni por prescripción administrativa, ni por intervención de especialistas?” (Lefebvre, 1969, p. 122).

Por último, cerrar con esta cita del libro “Derecho a la ciudad: Una evocación de las transformaciones urbanas en América Latina” (2019), juzgo que puede sintetizar todo lo querido exponer en este marco:

Lefebvre señala que no se puede encontrar un corpus teórico sobre el derecho a la ciudad y es que para cada contexto y actores sociales del territorio puede tener diferentes significados. Lo que él hace es una propuesta sobre la producción del espacio social, la vida cotidiana y la articulación entre Estado y actores. (Dammert-Guardia, Carrión, 2019, p.18).

1.3. Intervención y gestión de espacios públicos en América Latina

El experimentar lo público es una acción que se vincula -en tanto otros factores- a quiénes somos dentro de este, cuál es nuestra posición en el ecosistema urbano y si este nos da oportunidades para apropiarnos de él.

A continuación, se presentan dos espectros de la recuperación de espacios públicos desarrollados en América Latina donde el énfasis está centrado en el infante, el barrio y/o su cotidianidad. Los casos, como se verá, muchas veces ponen su atención en un público objetivo determinado, pero no de uso exclusivo.

Así pues, si se hace hincapié en el grupo de 0 a 5 años es porque la experiencia que se contará empieza como una propuesta de desarrollo infantil temprano muy

tempranamente modificado por las visitas en campo. Se tratan de espacios escasos donde las sinergias deben ser colectivas para el fortalecimiento comunitario desde la diversidad de sus habitantes.

1.3.1. Recuperación de espacios públicos en zonas y para públicos vulnerables

En principio, hay que resaltar que en algunos espacios urbanos consolidados la preocupación por la primera infancia difiere de otros espacios precarios y periféricos. En muchos casos los servicios básicos no están logrados y las preocupaciones se enraízan en otros fines. Por ejemplo, hay comunas que se caracterizan por tener una agenda cultural, medioambiental o tecnológica y esto es transversal al momento de proponer sus iniciativas locales. Mientras, otros están en procesos de consolidación más básicos y generan sus propuestas desde condiciones de vulnerabilidad marcadas.

Así, proyectos justamente ganadores de presupuestos gubernamentales como “Interlúdico: Jugando a través de los sentidos” o “Espacios de Aprendizaje: El Malambito” (Ciudades para las infancias, 2023), han priorizado el aprendizaje a través del juego y la motricidad con apoyo de mobiliario lúdico; y, si bien se apropian del espacio, lo hacen con estrategias acotadas en barrios, por lo menos, mínimamente empoderados.

Por otro lado, en territorios vulnerables si bien se involucra la visión del infante en el diseño, el objetivo principal debe entenderse como un escalamiento progresivo de los derechos ciudadanos en conjunto.

La recuperación de "La Plaza" en Alto-Perú (FIIU, 2019) fue un caso que tenía como meta la reducción de la inseguridad ciudadana. A pesar de que este espacio previamente se consideraba inseguro, se destacaba como el nodo principal de la interacción comunitaria. Se estimaba la transformación del espacio físico como instrumento clave para articular a los diversos actores circundantes, involucrándolos activamente en la producción y revitalización del entorno. La primera infancia se erigió como un eje fundamental, desde el cual se buscó generar externalidades urbanas que resignificaran el espacio en cuestión. La metodología fue participativa enfocándose en fortalecer la cohesión social y lograr que la comunidad identificara a La Plaza como un hito significativo dentro del barrio.

En la experiencia de Medellín, este tipo de intervenciones se vinculan al urbanismo social como una herramienta de integración y dignificación del territorio. Equipamientos como los Parques Biblioteca o las escaleras eléctricas en la Comuna 13 funcionaron como catalizadores para resignificar territorios previamente estigmatizados, mejorando no solo la infraestructura física sino la autoestima colectiva del barrio (Infante, 2021, p. 36).

Otro caso destacado es el de Wawarpe-Barrios Altos (Ciudades para las Infancias, 2023), donde el objetivo principal consistía en mejorar el espacio público, priorizando el bienestar de la infancia y en detrimento de la delincuencia. Al igual que en el caso anterior, existía un espacio de riesgo que sin embargo era el epicentro de la vida urbana. La estrategia de recuperación buscaba hacer del lugar un espacio confortable, donde cuidadores e infantes pudieran quedarse en distintos momentos del día, dando pie a nuevas formas de uso y convivencia.

Para lograrlo se planteó la necesidad de fomentar nuevos hábitos en el uso del espacio, lo cual implicó la mejora sustancial de la calidad del mobiliario disponible. Se incorporaron bancas y maceteros, se llevaron a cabo intervenciones murales, se implementaron programas de biohuertos y se introdujo mobiliario con topografía lúdica. Este enfoque buscó no solo transformar físicamente el entorno, sino también promover prácticas positivas que contribuyeran al disfrute colectivo del espacio público.

Este tipo de estrategia dialoga con el enfoque medellinense que parte de entender el espacio como “una construcción social relacional”, donde las infraestructuras públicas deben responder a los modos de vida de los habitantes y no al revés (Infante, 2021, p. 20). Las intervenciones más exitosas, como los Proyectos Urbanos Integrales (PUI), se adaptaron al ritmo cotidiano de los barrios, especialmente en zonas de alta vulnerabilidad.

Los casos analizados reflejan las diferencias entre contextos consolidados y vulnerables. Mientras unos priorizan innovación cultural o tecnológica, otros buscan garantizar derechos básicos mediante transformaciones progresivas. Casos como La Plaza en Alto-Perú y Wawarpe-Barrios Altos muestran cómo los procesos participativos y el enfoque en la primera infancia no solo mejoran la infraestructura, sino que fortalecen la cohesión social y promueven la apropiación del espacio comunitario.

1.3.2. Fortalecimiento y sostenibilidad de las intervenciones

La apropiación de espacios, a menudo muy deteriorados, refleja la lucha de los grupos organizados frente a los escasos servicios y las brechas sociales. No obstante, con esta apropiación surgen compromisos adicionales, como el fortalecimiento comunitario y la búsqueda de la sostenibilidad de los logros alcanzados. A continuación, se presentan algunas experiencias de apropiación de espacios y oportunidades para consolidar los mismos.

El proyecto “Barrio la Luz” (Barranquilla-Colombia) (FIIU, 2020), da una mirada de la apropiación desde la sostenibilidad. Propone la implementación de talleres de desarrollo capacidades de autogestión en las comunidades para promover la apropiación y cuidado; y, la concertación entre grupos organizados y vecinos para el co-diseño y co-implementación del entorno, así generar responsabilidad comunitaria. La preocupación en este tipo de proyectos reside más en promover el uso constante de lo recuperado desarrollando capacidades en sus agentes locales.

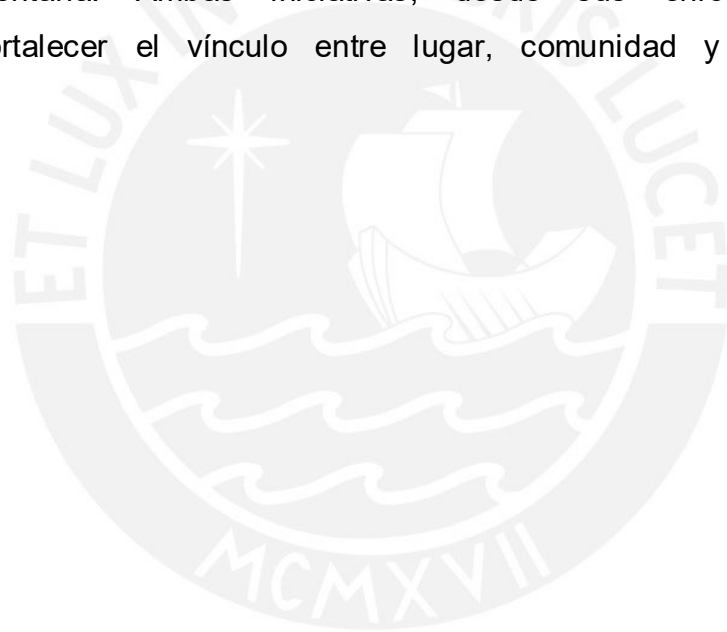
Del mismo modo, proyectos como “Construyendo Lugares de Esperanza” o la “Coproducción hacia una seguridad alimentaria” (Ocupa tu calle, 2022), convergen en la medida que la validación de actores comunitarios es clave para sus propósitos. El primero centra su atención en lo que denominan “equipo comunitario”, conformado por dirigentes locales que buscan incidir de forma integral en sus barrios. Así mismo, el segundo ejemplo, enfatiza en el trabajo con ollas comunes y el poder dirigenal que tienen para llevar a cabo acciones e intervenciones comunitarias.

El objetivo principal de ambos ejemplos, por citar uno, es “desarrollar y fortalecer estrategias y capacidades de gestión integral del territorio que contribuyan a la resiliencia comunitaria de las vecinas y vecinos de las organizaciones familiares que permita hacerle frente a la vulnerabilidad” (Ocupa tu calle, 2022, p.53). La apropiación necesita sostenerse en el tiempo y reinventarse para generar cambios progresivos. Eso lo entienden ambas propuestas.

Por consiguiente, se perseguía “Promover los espacios de diálogo y coproducción de conocimiento entre distintos actores territoriales, para la identificación de oportunidades de beneficio colectivo mediante el trabajo colaborativo.” (Ocupa tu calle, 2022, p.27). Esto indica que solo el compromiso y la motivación no determinan la

consecución de objetivos a largo plazo. Se depende también de la articulación y reconocimiento entre actores locales que generen propuestas de valor para sus beneficiarios y que esto movilice más acciones. Los promotores locales son el primer peldaño para impulsar el cambio desde adentro.

Por último, en todas estas propuestas el componente revalorativo del espacio era central en la recuperación del nodo. La segunda etapa de “Construyendo Lugares de Esperanza”, contemplaba la dotación de mobiliario y mejoramiento de la infraestructura del local comunitario. Mientras que el proyecto “Coproducción hacia una seguridad alimentaria”, que estaba más enfocado y dedicado a la emergencia humanitaria, implementaba mobiliario específicamente para los usos del ciclo de la seguridad alimentaria. Ambas iniciativas, desde sus enfoques particulares, apuntaron a fortalecer el vínculo entre lugar, comunidad y sostenibilidad.



Capítulo 2. Antecedentes

Este capítulo presenta tres dimensiones clave que conforman el contexto de la intervención. En primer lugar, se revisan las acciones impulsadas por la Municipalidad Metropolitana de Lima desde la pandemia, destacando aquellas orientadas a la recuperación de espacios públicos y el trabajo con organizaciones comunitarias. En segundo lugar, se abordan los antecedentes territoriales que justificaron la elección del lugar de intervención, incluyendo una caracterización del entorno y sus actores principales. Finalmente, se repasa el proceso de conformación del espacio entorno al barrio, subrayando los hitos comunitarios previos a la llegada del proyecto. Estos tres ejes permiten comprender el trasfondo sobre el cual se desplegó la propuesta, estableciendo el contexto necesario para la intervención y evidenciando su rol transversal en las dinámicas sociales previas a la implementación.

2.1. Acciones de la Municipalidad Metropolitana de Lima con organizaciones de base y espacios públicos

Para el diseño de la intervención de la que trata este Trabajo de Suficiencia Profesional, se consideraron proyectos institucionales previos que aportaron al enfoque urbano-comunitario. Se incluyen algunos casos de éxito que permiten comprender el contexto y los aprendizajes acumulados por la Municipalidad en intervenciones barriales.

Uno de los más destacados fue el programa "Manos a la Olla", orientado hacia la seguridad alimentaria. Su objetivo era recolectar grandes cantidades de donaciones de alimentos entre sus aliados y distribuirlo a las ollas comunes de acuerdo a sus necesidades. Esto se conseguía mediante una alianza estratégica con otras organizaciones y la exposición mediática tanto del donante como de Programa. Este proyecto no solo garantizó el acceso a alimentos, sino también capacitó a los beneficiarios en temas complementarios -nutrición- lo que reforzó el impacto de este componente. Sin embargo, se puede añadir que -como en muchas gestiones- las organizaciones más afines y partidarias eran los más favorecidos de estos programas.

Otro de los proyectos destacados desarrollados por la Gerencia de Participación Vecinal fue el programa Lima al Bicentenario, orientado a la recuperación de espacios públicos para el libre uso de la ciudadanía en actividades al aire libre. Aunque se trató de una iniciativa de mayor escala y con una inversión más significativa, resulta relevante

mencionarla por su coherencia con el enfoque comunitario y de revalorización del espacio que guía este trabajo. El programa adoptó metodologías participativas para la rehabilitación urbana, promoviendo la cohesión social a través de la apropiación y el uso compartido del entorno. Un ejemplo emblemático se llevó a cabo en el sector de Mirones Bajo, donde se recuperaron más de 6,000 m² de espacio público mediante la implementación de zonas deportivas, biohuertos y áreas de juego para niños. Esta intervención no solo revitalizó el entorno urbano, sino que fortaleció su función social como espacio de encuentro e integración vecinal.

Por el contrario, el programa Lima Barrial se destacó por su enfoque territorial y focalizado, orientado a fortalecer la identidad en barrios urbanos tradicionales mediante el arte y el folclore local. A diferencia de otras intervenciones de mayor escala, esta propuesta se centró en espacios representativos del barrio, buscando generar sentido de pertenencia a través de la reinserción colectiva del entorno. La cultura se convirtió así en una herramienta para construir comunidad, donde la participación activa de los vecinos en procesos creativos ayudaba a reforzar símbolos identitarios y revitalizar el espacio barrial.

Uno de los criterios clave era que los artistas fuesen también vecinos del área intervenida, promoviendo que la práctica cultural local pudiera generar externalidades económicas —como el turismo barrial— que contribuyeran al mantenimiento del espacio y al sustento de los propios artistas. La Gerencia buscó empoderar a las organizaciones sociales y a la comunidad mediante la mejora del espacio físico y el fortalecimiento de capacidades, como respuesta a las brechas sociales evidenciadas por la pandemia.

Este trabajo permitió generar recursos prácticos y aplicados para abordar problemáticas de fondo, como las brechas sociales que la pandemia visibilizó y profundizó, y evidenció la importancia de una participación activa y colectiva en la mejora del entorno. Así, estas diversas intervenciones reflejan que lo público no es solo un espacio físico, sino uno de quienes lo habitan y significan. Garantizar su vitalidad y permanencia exige el compromiso conjunto de todos los actores involucrados.

Horacio Zeballos 2 está rodeado por elevaciones de tierra que actúan como barreras naturales definiendo sus límites geográficos. Colinda en el este con el AH 6 de agosto y hacia el sur, con Horacio Zeballos 1; el cual, a su vez, se conecta con una arteria vial principal que moviliza a ambos barrios: la avenida Flor de Amancaes.

A pesar de estar en el corazón de la ciudad -Rímac-, este tipo de barrios parecen de óptimos accesos que les haga satisfactoria la experiencia ciudadina. Por ejemplo, cerca de Horacio 2 se encuentra el parque metropolitano Yupac Yupanqui y otros espacios -entre privados y públicos- de esparcimiento y encuentro social. Sin embargo, la distancia y lo complejo de movilizarse hacia afuera de estos barrios frena las aspiraciones de visitar estos lugares. Además, exige costos económicos, transporte, entradas, uso de los mobiliarios semipúblicos) que también afectan el acceso a este tipo de servicios.

En cuanto a los espacios comunitarios del asentamiento humano específicamente, son inexistentes o se encuentran en un estado de permanente abandono. Aunque Horacio Zeballos 1 dispone de una losa deportiva que los fines de semana se convierte en el escenario de campeonatos de fútbol y oportunidad de encuentro; los vecinos instalan puestos de comida y bebida -vida local-, esta situación no se replica en Horacio Zeballos 2. En consecuencia, se observan dos barrios con características socio-espaciales similares, pero donde las fronteras topográficas generan desigualdades notables.

A pesar de lo descrito, el asentamiento humano Horacio Zeballos 2, para el 2019, contaba con un único espacio, podría llamarse “proto-comunitario”: precario y en una zona de riesgo, que, sin embargo, era el nodo local de vida social y urbana. Al respecto, Takano y Tokeshi (2007), se preguntarán si estos espacios destinados al uso colectivo, pero que por la falta de equipamientos entendidos como espacios vacíos, pueden llamarse espacios públicos. Y nos conjetura sobre si solo la condición de apropiación del espacio le da el carácter de público. Al denominarlo “proto-comunitario”, se hace referencia, entonces, a que el terreno puede contar con potencial porque -ya existe vida social-, pero los componentes necesarios no han sido aun puestos en marcha para ser denominado “público”.

Entre 2019 y 2021, como consecuencia de la emergencia sanitaria, una parte significativa de la población experimentó momentos de profunda incertidumbre, agudizados por décadas de desatención y una gestión pública deficiente. Esta crisis fue enfrentada -en gran medida- por las poblaciones locales organizadas. Para muchos la autogestión se hizo una condición básica de supervivencia. Así, para crear una narrativa del espacio, primero debemos aproximarnos a sus gestores territoriales.

Según datos del INEI¹ (2024), del 2019 al 2020 el Perú incrementó 10 puntos porcentuales en sus niveles de pobreza (20,2% a 30,1%) y el gasto real per cápita para esos mismos años disminuyó de 970 soles a 816 soles a nivel nacional. Este drástico empeoramiento de las condiciones de vida evidenció la urgencia de iniciativas comunitarias como las ollas comunes que finalmente se consolidaron como espacios de organización y resiliencia frente la desatención gubernamental.

Su masificación, ya observada en la década de los noventa como respuesta a los ajustes económicos y el aumento de precios básicos (Alcázar y Fort, 2022), volvió a poner en evidencia las profundas desigualdades estructurales, subrayando la necesidad de abordarlas desde un enfoque de empoderamiento y cohesión comunitaria.

La olla común Familia Unida se forma en el momento más álgido de la emergencia alimentaria. “La olla común inicia un mes luego de pandemia porque hay personas que viven del día a día, la situación estaba muy grave. No tenían para comer, había muchos niños. Por eso decidimos, con el otro dirigente de ese tiempo, empezar a hacer una olla común.”, nos indica la presidenta de la olla común (comunicación personal, 15 de junio, 2023).

Presencia e importancia del líder local

En la práctica, la olla común se fundó sobre la urgencia. La consigna diaria en ese periodo era la subsistencia individual y/ o familiar. A pesar de esto, muchos de estos grupos, consolidados de la autogestión y labor comunitaria, lideraron acciones solidarias y visibilizaron alternativas de cambio para la comunidad afectada. Es entonces que los líderes barriales organizados empiezan a demostrar afinidad colectiva

¹ Informe “Perú: evolución de la pobreza monetaria 2014-2023”

y poder de gestión dentro de esta nueva realidad, “Viendo que no había trabajo, había la necesidad de comer y la señora Rosalvina empezó a pedir ayuda. Iba a los mercados, creo que de ahí traía papa, lo que le obsequiaban y preparaba” comenta un vecino de Horacio Zeballos 2 (comunicación personal, 15 de junio del 2023).

La señora Rosalvina Rojas se quedó sin trabajo a inicios de la pandemia y como muchas otras personas tuvo inmediatamente que adecuarse a la nueva realidad. Ella se presenta a sí misma como una mujer estratégica, con objetivos y determinación por hacerlos posibles. Pero por sobre todo sensible ante las dificultades colectivas.

Depende del manejo, depende de si uno quiere apoyar, quiere ayudar. En realidad, a mí me han enseñado a apoyar al prójimo, a ayudar. Y siempre lo he hecho, desde que inició la pandemia yo lo he estado manejando. Un poquito te descuidas de los hijos, la familia. Pero ver la necesidad de muchos adultos, niños, y ellos ya saben que la olla está abierta de lunes a viernes. Entonces yo sería como la mamá de ellos ¿no? Si no se cocina ¿qué van a comer?, comenta la líder local (comunicación personal, 15 de junio del 2023).

En adición, es muy consciente de las distintas necesidades que el asentamiento humano tiene y que estas pueden ser indistintas de acuerdo al momento, “Por ejemplo, hoy podemos necesitar alimentos para la olla, pero mañana los niños quieren jugar o tienen que hacer actividades del colegio y nosotras tenemos que responder.” (comunicación personal, 15 de junio del 2023).

Muchas ollas comunes han empezado a complementar el trabajo alimentario con iniciativas artísticas, educativas y culturales lo que genera mejores expectativas de las personas frente a situaciones diversas y abre oportunidades para potenciar su crecimiento.

La líder comunitaria ha alcanzado una comprensión profunda de que, una vez garantizado un primer nivel mínimo de derechos, particularmente la satisfacción de las necesidades alimentarias básicas, no es suficiente detenerse ahí. Ella reconoce que es importante avanzar hacia la promoción y protección de otros derechos fundamentales.

En este proceso, la figura de la líder se erige como un componente esencial, tanto en su capacidad para impulsar esta agenda ampliada como en la importancia de los principios y axiomas que sustenta. La solidez de su liderazgo y la coherencia en su enfoque son cruciales para la efectividad de las estrategias de desarrollo colectivo. La líder de la olla común es también persuasiva y mantiene una comunicación efectiva

basada en resultados concretos y experiencias de éxito previas. Esto permitiría construir consenso y fomentar un sentido de responsabilidad colectiva en torno a la promoción y protección de los derechos que se buscan. Al presentar evidencia concreta de logros alcanzados y demostrar cómo estos resultados han beneficiado a la comunidad, la líder valida su enfoque y persuade a los otros a adoptar y respaldar su visión lo que fomenta un mayor crecimiento del compromiso comunitario. A la vez que refuerza su liderazgo, facilita la alineación de otros vecinos y actores locales a las metas establecidas.

Estas organizaciones de emergencia alimentaria, formadas por personas que comparten condiciones de escasez, están vinculadas no solo por elementos socio-culturales, sino por el territorio que habitan. Por ello, resulta fundamental analizar la relación entre la olla común, los vecinos y el espacio físico, lo que requiere una reconstrucción sociohistórica detallada del entorno.

2.3. El espacio en evolución: redefiniciones a partir de la necesidad

Los lugares siempre tienen algo que contar, son procesos en sí mismos. Sobre él se experimenta el paso del tiempo, de las interacciones y de los símbolos. Es su transformación física la que nos cuenta sus procesos sociales y culturales; representa cómo cambia la estructura del barrio y sus habitantes con él. Esta información es particularmente valiosa en el contexto de grupos societales emergentes como Horacio Zeballos 2, donde la adaptación implica variaciones en la comprensión y la interacción con el entorno.

Las necesidades comunitarias y la reconfiguración postpandemia son componentes importantes en la reestructuración y sentido de este lugar. Esta casuística proporciona una entrada para el análisis del caso de Horacio Zeballos 2 y la importancia de potenciar su sistema.

La historia que cuenta el lugar

Cuando el espacio era tierra se aprovechaba en lo mínimo. Aún no existía nada, era un lugar de paso o de raudas interacciones porque la superficie ensuciaba, provocaba alergias en los menores y producía accidentes más aún si el clima no favorecía. Ante la situación, se decidió empezar con las reuniones que pronto se

convirtieron en compromiso de algunos vecinos para cambiar la tierra por piso firme. Este esfuerzo representó la primera transformación del lugar y el inicio hacia el encuentro de un sentido de “lo público” en el barrio. Como recuerda el vocal de la directiva del asentamiento humano Horacio Zeballos 2 “Antes había campo nomas, no había la ollita, nada, no había la casita. (...) antes la losita era tierra, luego con el apoyo de nosotros, de los mismos vecinos lo hemos hecho”. (comunicación personal, 14 junio del 2023).

El cambio de material del piso marcó un primer hito, logrado del esfuerzo decidido de la comunidad por tener un mejor ambiente el cual habitar. Esta inicial consecución empieza a definir lo público por quiénes lo habitan, sus actores sociales lo amoldan a su demanda. Lo “público” en primera instancia se definió como una superficie firme donde transitar. Se perciben los primeros esfuerzos de promover el confort dentro de espacios colectivos.

Pronto el espacio pasó a ocupar un papel importante no solo en la circulación de personas sino en la afluencia de estos y sus precarias permanencias. Empezaron a ejecutarse actividades más complejas como rudimentarias² reuniones lúdicas y sociales.

A la comprensión del territorio como “su espacio”, se añade el consenso hacia su revitalización, la progresión hacia el cambio positivo. Esto se constata en el segundo momento de compromiso de la comunidad.

Entonces ya teníamos la losa, pero faltaba hacerle más arreglos como las tribunas o un espacio para que los niños jueguen (...). Pero también veíamos que iba quedando mejor y era un gusto para los adultos y todos en general”, comenta una vecina del asentamiento humano (comunicación personal, 15 de junio del 2023).

Sin embargo, factores externos impidieron, en un primer momento, que las sinergias impulsadas se concreten. La pandemia reveló otras falencias organizativas y la capacidad de resiliencia de la población. Las prioridades cambiaron y la losa mucho tiempo representó un sueño aterrizado, pero trunco.

A pesar de esto (o a raíz de esto), el compromiso y liderazgo asumido en sus agentes locales hizo que la nueva afronta pudiera ser atendida de manera eficaz. En

² Definirlo como rudimentario no tiene ninguna carga valorativa sino está ligado a la misma definición de “proto-comunitario” que se hizo al inicio.

virtud de lo ganado previamente, se forma la olla común Familia Unida, quienes empiezan sus actividades en el espacio previamente recuperado, la losa. Este hito fortaleció la autogestión y sostenibilidad para y con la comunidad. La olla común fue su representante idóneo y se erigió como símbolo de lucha frente a las problemáticas que profundizó la pandemia.

En consecuencia, la losa pasó a ser parte indispensable de las interacciones locales ya que no era solo un sostén para superfluas comunicaciones e interacciones entre vecinos sino se acarreó un rol sustancial: alimento y subsistencia.

Empezaron entregando 100 platos diarios y al poco tiempo 280 platos entre lluvia y sol. Toda la actividad se desarrollaba al aire libre, en aquel espacio comunitario adaptado por la urgencia. Sin embargo, en sus 8 primeros meses de trabajo en la losa, las cosas no estaban funcionando de manera eficiente. Se malograba la comida, se contaminaba de tierra y polvo; el mobiliario y las condiciones no eran las adecuadas para desarrollar la actividad.

Había un espacio, nosotros habíamos dicho que ese espacio era para una tribuna como había una losa, para que cuando haya fútbol o una actividad, ahí se sienten las personas. Pero por el tema de pandemia, empezamos a ver con la población utilizarlo para otras cosas, nos comenta la presidenta del asentamiento humano (comunicación personal, 14 de junio del 2023).

El alejamiento del plan inicial y la aceptación colectiva del cambio de uso y mobiliario (tribuna para recreación hacia cocina para alimentación) direccionaron las prioridades y planes de la comunidad. En este periodo de transición, se resalta dos máximas que fueron forjando la adaptabilidad de la población y el espacio. En primer lugar, el espacio físico empezó a ser un nodo urbano sustancial de la comunidad y, en segundo lugar, el objetivo funcional del espacio debía ser compatible con los requerimientos e infraestructura para este.

Fue entonces que mediante donaciones de cemento y arena por parte de sus vecinos y actividades pro fondos, construyeron un inmueble de material prefabricado donde cubrir su necesidad más urgente: la alimentación. El confort pasó a determinarse por la calidad del alimento y lo recreativo y social pasó a un segundo plano hasta poder cubrir lo elemental “El lugar donde ahora está la cocina estaba más seco, limpio (Figura

2). En la canchita no teníamos una mesa, no teníamos donde picar las verduras.”, indica la presidenta de la olla común (comunicación personal, 14 de junio del 2023).

La olla común se trasladó, dentro del mismo espacio, a una ubicación más estratégica y nuevamente transformó sus dinámicas inscritas. Ahora, la olla al asentarse en un lugar permanente; su espacio complementario, la losa deportiva, fue alternativa para congregar nuevas acciones urbanas que hasta ese momento no eran contempladas. Se empezaban a dilucidar otras formas apropiativas de los distintos públicos que cohabitaban el lugar, distintas expectativas e ideas de lo que se requería.

Figura 2

Espacio de la cocina de la olla común Familia Unida – Horacio Zeballos 2



Fuente: Rosalvina Rojas, miembro de la olla común, 2020

Escuela Cáritas: una intervención articulada

La organización comunitaria surgida a partir de la implementación de la olla común fue decisiva para otras crisis desencadenadas por la pandemia mundial. La olla

común trascendió a su objetivo inicial de proveer alimentos, abriendo nuevos caminos para el cierre de brechas en otros aspectos de la vida comunitaria, por ejemplo, en el ámbito educativo. Ya Cabrera y Villasecas (2007) lo advertían al señalar que las mujeres han sido de presión fundamental para lograr la mejora del entorno barrial y la atención de demandas por servicios educativos. Esta práctica nuevamente tomó relevancia en el contexto de pandemia.

A través de la articulación con Cáritas, una ONG de ayuda social, se implementó “la escolita Cáritas”. El objetivo de la iniciativa fue brindar apoyo a los niños y niñas de la comunidad en sus estudios. Así, la comunidad Horacio Zeballos 2 fue beneficiada con la instalación de un punto de wifi, la colocación de mobiliario pertinente y recursos educativos que fueron vitales en un contexto donde la educación virtual era la única alternativa disponible.

El espacio físico, que contaba ya con una losa para eventos y una casa prefabricada destinada al almacenamiento y preparación de alimentos, se amplió con un área adicional que permitió incorporar un espacio educativo. Estas acciones convirtieron el espacio en un lugar multifuncional, trascendiendo su función alimentaria para convertirse en un entorno propicio para el aprendizaje y el desarrollo integral de la comunidad, especialmente de los infantes. (Figura 3)

En la entrevista, la presidenta de la olla común nos declara:

La necesidad más que todo para los niños porque le comento, en ese tiempo todo era virtual. Entonces ese espacio lo tratamos de hacerlo para el beneficio de ellos, pusieron el punto de wifi, sacaban el internet de ahí. Sacaban las copias de la olla y hacían sus tareas. La idea era hacer como un colegio para que puedan estudiar ahí los niños. (comunicación personal, 15 de junio)

Quedó claro para la comunidad que el objetivo era transformar el espacio alimentario en uno funcional, capaz de adaptarse a las necesidades comunitarias. Uno que cubriera también una de las demandas más urgentes en ese momento: la educación de los niños.

El territorio se transformó entonces nuevamente como respuesta adaptativa a un nuevo escenario de crisis: la imposibilidad educativa para muchos niños en asentamientos vulnerables. Así, el espacio comenzó a consolidarse como un nodo comunitario que articulaba múltiples demandas colectivas en un mismo lugar.

Figura 3
Espacio educativo implementado desde adentro.



Fuente: Rosalvina Rojas, miembro de la olla común, 2021

El apoyo de Cáritas, articulado con la olla común y las acciones deliberativas locales, fue clave para gestionar recursos y diseñar respuestas efectivas en un contexto marcado por la pandemia. La intervención educativa no solo simbolizó solidaridad y resistencia, sino que también se erigió como un acto de resiliencia frente a un panorama adverso. Cáritas y la comunidad lograron convertir un espacio de crisis en un punto de encuentro y aprendizaje, reafirmando el poder de la acción colectiva para transformar el territorio y atender demandas urgentes de manera integrada y sostenible (Figura 4).

Este nuevo hito fortaleció la cohesión social y la articulación con otros actores como estrategias poderosas para cerrar las brechas que afectan a los sectores más desfavorecidos.

Este capítulo de *Antecedentes* ha buscado contextualizar el espacio a intervenir. Comenzamos con un componente referencial —las intervenciones impulsadas por la Municipalidad Metropolitana de Lima (MML) desde el inicio de la pandemia, con énfasis en las más significativas—, para luego abordar la descripción del asentamiento humano, sus organizaciones y actores clave, desde donde se impulsa el proceso de recuperación.

Figura 4
Inauguración de espacio comunitario entre ONG Caritas y miembros de la olla común



Fuente. Miembro de la olla común, 2020

Finalmente, se analizó el proceso sociohistórico que configuró el carácter del espacio y sus condicionantes temporales. Es en este punto donde la Municipalidad Metropolitana de Lima (MML) interviene, formando parte del proceso de consolidación de este espacio.

Capítulo 3. Sistematización de la propuesta

El hecho de que mitad de la población de las grandes urbes viva en asentamientos precarios expone la inexistencia de un Estado social, una geografía de la desigualdad -distribución de equipamientos en el espacio y de viviendas precarias- y una violación al derecho de la vivienda y ciudad. (Calderón, 2015, p. 107).

La idea desarrollada por Julio Calderón nos aproxima muy acertadamente al fenómeno que vamos a estudiar. Como ya se ha abordado, el tema del derecho a la ciudad exige interrelacionar componentes humanos, sociales e institucionales contextualizados al espacio y sus dinámicas.

Los siguientes subcapítulos presentan lo investigado, hallado y experimentado a lo largo del proceso de diseño e implementación de un espacio público en un contexto de vulnerabilidad social. En adición, un acercamiento inicial al impacto generado pensado en su diseño.

La primera sección aborda la justificación de la selección del lugar, luego se analiza el proceso metodológico que se siguió y la implementación del espacio y finalmente, se hace una revisión de los usos y apropiaciones identificadas que ejerce la población/ usuario.

3.1. La elección del lugar

La elección del espacio tuvo tres factores principales: la solidez de la organización, la ubicación dentro del barrio y lo representativo del lugar. La solidez de la organización era un punto clave para poder movilizar los recursos locales necesarios, tanto para el diseño participativo como para la implementación del espacio. Se requería que el barrio donde se realizara la intervención contara con ciertas redes de apoyo y soporte comunitario ya establecidos, lo cual permitía agilizar procesos, convocar actores clave y sostener el trabajo en el tiempo sin depender exclusivamente de agentes externos.

La ubicación dentro del barrio también debía ser estratégica, especialmente por la cantidad de personas que podía convocar y movilizar. Se priorizó que el lugar tuviera alta afluencia y tránsito cotidiano, lo que aseguraba no solo visibilidad, sino también apropiación y uso constante. Por ello, se eligió el espacio adyacente a la olla

común, ya que se encontraba junto a una escalera peatonal que conectaba distintos sectores del asentamiento, facilitando el acceso desde diferentes puntos. Además, la cercanía a la olla común —un nodo activo en la dinámica barrial— garantizaba un flujo constante de personas, impulsado por las acciones de emergencia alimentaria que allí se desarrollaban.

Por último, se optó por este espacio porque en él se inscriben y expresan diversos procesos sociales y urbanos propios de la comunidad. Su carga simbólica y su historia lo convertían en un lugar significativo para los habitantes. Este espacio debía ser entendido desde sus transformaciones y permanencias, es decir, desde su evolución material y simbólica en el tiempo, lo que resultó fundamental para situar la intervención dentro de su propia trama social, territorial y cultural.

El componente territorial es clave, ya que las personas que lo ocupan experimentan procesos de descubrimiento tanto individual como colectivo. Es un espacio que no solo se habita, sino que se vive y se resignifica a partir de las prácticas cotidianas, las memorias compartidas y las expectativas futuras.

3.2. Diseño e implementación del espacio

3.2.1. Proceso de diseño participativo en la rehabilitación del lugar

Una de las primeras preguntas y pilar que guio el diseño del proyecto fue: ¿qué buscamos con esta intervención? La interrogante marcó la base conceptual del diseño ya que no se trataba únicamente de recuperar un espacio físico, sino de transformar las dinámicas sociales en las que se enmarcaba. El equipo manejó la hipótesis de que el espacio comunitario debía rehabilitarse desde y para su propia población en todas las etapas, reconociendo que su participación activa era esencial para garantizar un impacto sostenible.

Esto significó articular múltiples necesidades y perspectivas de los actores que dotaban de vida al espacio. Aunque el desarrollo infantil temprano era un componente importante de la intervención, el equipo decidió abordar la construcción del espacio desde un enfoque comunitario integral. Esto significó articular las necesidades y perspectivas de los niños, sus cuidadores y la comunidad en general.

El espacio debía funcionar como un nodo de encuentro y fortalecimiento de vínculos, trascendiendo su uso exclusivo para actividades DIT. Tonucci (1996) al

respecto comenta que “si no es posible restaurar la familia de tres generaciones, se deberá intentar la formación de una comunidad de tres generaciones: la mezcla de los grupos de edades es esencial para una vida equilibrada” (p.125).

Para abordar las secciones centradas en los espacios significativos y las interacciones actuales, se realizó un trabajo de campo que alimentó el diseño del proyecto. Mediante entrevistas a residentes, mesas de trabajo y observación directa, se identificaron patrones de uso, zonas de mayor relevancia comunitaria y actividades predominantes antes de la rehabilitación del espacio.

Herramientas comunitarias en el diseño

El cambio de enfoque hacia uno comunitario, y no de desarrollo infantil en sí mismo, no fue una imposición desde la gestión de la Gerencia a la que se pertenecía, sino el resultado de un proceso de consenso con el discurso local. Todo este trabajo de identificación de espacios y problemáticas mediante la observación y entrevistas a líderes de la comunidad situó a la intervención dentro de parámetros de vulnerabilidad colectiva lo que fortaleció la legitimidad del proyecto.

Para el proceso de diseño participativo en el entorno circundante a la olla común se llevaron a cabo dos talleres en los que participaron los residentes del asentamiento humano Horacio Zeballos 2. Los participantes incluyeron niños, sus cuidadores –en su mayoría jóvenes ligeramente mayores y madres jóvenes–, así como miembros activos de la olla común y vecinos circundantes.

Estos talleres brindaron opciones y propuestas que respondieran a las aspiraciones y necesidades de sus habitantes, así como la construcción de narrativas compartidas.

En una reflexión posterior con el equipo de la MML, uno de los integrantes destacó la relevancia de los talleres: “Entonces como que esa parte la tratamos de hacer implementando distintas metodologías colaborativas para que sea un proyecto participativo. El proyecto era un trabajo colaborativo con la comunidad. (...) Queríamos hacer algo que pudiera tener un impacto real.” (comunicación personal, 15 de junio, 2023). La construcción de narrativas colectivas se presentó como una herramienta clave para lograr una transformación significativa en la comunidad.

El primer taller estuvo orientado a los cuidadores y miembros de la olla común, quienes participaron activamente en reflexiones colectivas sobre las problemáticas socioespaciales del barrio. La cartografía participativa y el mapeo de emociones vinculadas a distintos elementos del entorno permitieron asignar nuevas significaciones al espacio (Figura 5 y Figura 6). Este enfoque facilitó una comprensión más profunda de las percepciones de los residentes y abrió posibilidades para mejorar la calidad de los espacios.

Figura 5
Mesa de debate entre cuidadoras de infantiles



Fuente: Elaboración propia, 2021

Figura 6
Cartografía social y mapeo territorial



Fuente: Elaboración propia, 2021

Este mapeo colectivo no solo buscó analizar el territorio sino consolidar una narrativa colectiva que visibilizara tanto problemáticas existentes como potenciales. Así esta herramienta se concibió como una reflexión crítica de los participantes sobre su hábitat. A su vez, esto generó un marco de acción compartido sobre el cual diseñar un producto centrado en la necesidad del individuo en interacción.

En el segundo taller, el rol protagónico lo tuvo el infante. Puesto que las postulaciones debían tener carácter de desarrollo infantil, se tomó como referencia también la voz de este grupo muchas veces invisible. El reto del proyecto era entender el mundo cómo lo hacía un niño, desde su perspectiva y mirada de 95 centímetros de estatura en promedio. Una idea innovadora para repensar nuestras lógicas ciudadanas como adultos e integrar en el diseño, y hacerlo prioritario, las dinámicas urbanas de los infantes. A través del dibujo libre guiado, se pidió a los niños que esbozaran cómo imaginaban su entorno ideal. Se les proporcionaron distintos materiales para que

crearan su lugar soñado, lo que permitió plasmar las diferentes perspectivas con las que los niños construyen imágenes de sí mismos inmersos en su barrio (Figura 7 y 8).

Esta actividad les brindó total libertad para incluir los elementos que consideraban más relevantes. Posteriormente, se les solicitó explicar sus dibujos, lo que permitió explorar en profundidad su visión del entorno y las emociones asociadas al espacio. Este ejercicio capturó no solo al niño que juega y aprende a socializar dentro de sus espacios posibles, sino también al que imagina y proyecta sus espacios soñados.

Figura 7

Producto de los talleres con los infantes del asentamiento humano con colores. Horacio Zeballos 2



Fuente: Elaboración propia, 2021

Figura 8

Producto de los talleres con infantes del asentamiento humano con otros materiales. Horacio Zeballos 2



Fuente: Elaboración propia, 2021

Por último, se generó diálogo entre cuidadores y niños sobre las ideas de espacio público que tenían y como desearían que fuese el suyo. El dibujo libre guiado se convirtió en una herramienta valiosa para introducir a los niños en la comprensión del concepto de espacio público desde su propia experiencia. Y al mismo tiempo ponerla en debate con sus cuidadores o vecinos. Este aprendizaje inicial sirvió como base para generar un diálogo significativo entre grupos etarios, en el que los niños dieron primeras luces de lo que para ellos era espacio comunitario mientras los cuidadores aportaban una mirada más práctica sobre el uso y cuidado del entorno.

Como comentó un integrante del grupo de trabajo de la Gerencia de Participación Vecinal:

Claro, es muy importante las estrategias comunitarias para avanzar en el lugar que ellos viven. En esos talleres podemos despertar la imaginación de un colaborador, de algún vecino. No falta que un vecino, un niño que de repente lo hace una parte recta, una

parte curva. Sí ayuda. Tratamos de ver la mayoría de perspectivas y trabajar con todas ellas. (comunicación personal, 15 de junio del 2023)

Ambos talleres fueron muy enriquecedores para ir adecuando lo que, en primera instancia, en las entrevistas y observación, habíamos referido.

En ‘El oficio del sociólogo’ (1968), Bourdieu critica el capital simbólico que posiciona al sociólogo en una relación de poder sobre otros actores sociales. Este proyecto buscó evitar tales acciones, priorizando la construcción de ideas compartidas. Como comentó la presidenta del asentamiento humano: “Hacerlo con unos que no sean tan profesionales porque no necesitas ser profesional para saber. Como dicen, yo no he terminado mi secundaria, pero sé cuál es bueno y cuál es malo” (comunicación personal, 13 de junio del 2023).

Este reconocimiento del conocimiento práctico de los residentes permitió equilibrar las propuestas técnicas con las experiencias y expectativas de la comunidad, logrando una intervención más inclusiva y representativa.

Elementos del espacio en interacción

La intervención en este espacio comunitario del asentamiento humano Horacio Zeballos 2 requirió una exhaustiva evaluación de las interacciones sociales y dinámicas que se configuraban en la cotidianidad, así como de los elementos dispuestos en el espacio que le daban su particular funcionalidad y simbolismo.

Aunque la idea de diseño ya no estaba enfocada solo en primera infancia, al ser un proyecto de estas características, se orientó a priorizar un entorno seguro y accesible que incentivara el juego, la exploración y la interacción como herramientas esenciales para el aprendizaje y la cohesión social. De este modo, ciertos elementos del espacio se destacaron como componentes clave para la rehabilitación y apropiación.

La losa, por ejemplo, era el territorio tangible de las dinámicas sociales del barrio. Este espacio, en la casi totalidad del tiempo diurno, era habitado por los grupos de menor edad y sus cuidadores. Así, por su carácter abierto y estratégico para la vigilancia de los menores, se destinaba principalmente al juego infantil. Además, funcionaba como eje de socialización entre cuidadores, padres y demás miembros activos del barrio. Por otro lado, en la losa también se congregaban grupos y organizaciones locales para reuniones de proyectos y de asistencia humanitaria con ongs y sector

público. O asambleas internas de las organizaciones donde se veían temas de desarrollo local. La losa se situó como eje de gran relevancia para toda la comunidad.

El borde de la losa, que colinda directamente con el barranco, marcaba los límites físicos del área de intervención y, al mismo tiempo, evidenciaba la precariedad de las condiciones del lugar. Ubicado en una pendiente sin barandas ni muro de seguridad, este sector representaba tanto un riesgo físico latente como una metáfora de la vulnerabilidad estructural de sus habitantes frente a su entorno. A pesar del peligro, este espacio era frecuentemente utilizado como zona de juego, lo que reforzaba la urgencia de su intervención y acondicionamiento.

El frecuente uso del borde como área de juego por parte de los niños, quienes lo hacían parte de sus dinámicas recreativas, reflejaba una legítima exposición al riesgo y peligro en la cotidiana de la comunidad. En muchos casos, los padres ya habían normalizado que las probabilidades que los menores tengan accidentes jugando ahí era alta. La falta de alternativas seguras obligaba a usar estos espacios lo que automáticamente generaba ya mayor desigualdad urbana.

Otro hito clave del espacio era la infraestructura de la olla común. La casa prefabricada tenía 3 ambientes: el primero era la cocina, el segundo almacén y el tercero funcionaba como espacio lúdico, educativo y social. Como ya se hizo mención, la olla común se ubicaba a un lado de la losa y en una parte elevada del terreno. Construida con materiales prefabricados y ampliada en distintos momentos y procesos sociohistóricos, comenzó a ocupar buena parte de la vida social de algunos grupos locales. Eso demostró la interdependencia entre los actores que coexistían en el espacio y sus organizaciones sociales.

Por consiguiente, la olla común se convirtió en un verdadero núcleo de interacción comunitaria. Un lugar intermedio entre las acciones individuales y las colectivas ya que el espacio era multifuncional y las dinámicas eran adoptadas de acuerdo al contexto. Sin embargo, los ambientes no eran suficientes para albergar a más de 5 o 6 niños y el mobiliario ya desgastado tampoco permitía una óptima experiencia. A pesar de la buena voluntad, no siempre era prudente. Las condiciones de la infraestructura de la olla, los olores y las temperaturas elevadas, generaban distracciones y reducían la eficacia de las dinámicas educativas y recreativas.

Los accesos, representados principalmente por las escaleras que conectaban la comunidad con la losa, no solo cumplían una función de tránsito, sino que también actuaban como espacios de interacción social. Estos pasajes facilitaban encuentros casuales entre vecinos provenientes de diversos escenarios y donde el factor común era el peldaño donde se cruzaban y sus destinos: Av. Flor de Amancaes o la olla común, en su mayoría.

Estas vías de acceso sostenían la manera en que los habitantes interactuaban con el espacio y entre sí, convirtiéndose en un elemento esencial para la cohesión del lugar. Si bien, su condición y diseño resultaban relevantes ya que influía en la percepción del entorno, en el documento fue tratado como un sitio de paso, dado que no formaba parte del presupuesto de rehabilitación. Sin embargo, se reconoce que los caminos hacia el lugar final -en este caso el espacio de la olla- ejercen protagonismo en la experiencia y accesibilidad de los usuarios.

3.2.2. Dimensiones de impacto en el diseño

Si bien el propósito era explorar nuevas dinámicas urbanas, se divisaron tres impactos básicos y de carácter general con los que se podría analizar cambios y permanencias. Así, los espacios descritos en el apartado anterior –como núcleos de convivencia y comunidad– están estrechamente vinculadas con las dimensiones planteadas a continuación.

Calidad del Espacio

La transformación del espacio también trató de priorizar la habitabilidad y el confort, integrando mobiliario funcional, áreas de sombra, áreas verdes y una zona destinada al descanso y relajación. Estas mejoras buscaban que las interacciones no sean pasajeras sino adquieran un carácter de permanencia en el lugar.

Un aspecto crítico que requería intervención era el borde del espacio, una pendiente sin barandas de seguridad que representaba un riesgo significativo para quienes lo utilizaban, particularmente para los niños. Esta condición afectaba considerablemente los tiempos y la calidad de permanencia de los cuidadores e infantes en el lugar. Muchos vecinos manifestaron que evitaban pasar tiempo en el espacio con sus hijos, sobrinos u otros menores debido a la constante preocupación por posibles accidentes. No obstante, ese mismo borde tenía un importante potencial

para transformarse en una zona destinada al descanso y al juego de infantes y cuidadores, así como en un espacio funcional para realizar tareas escolares u otras actividades cotidianas luego del colegio.

También resultó crítica la intervención porque era una zona de contaminación. Ubicada junto al área comunitaria y la zona de preparación de alimentos, se observaba un espacio utilizado para la disposición de desechos. Los residentes depositaban su basura en este lugar, la cual era recogida por carros municipales posteriormente tras transcurrir algunos días. Además, se utilizaba como área de descarte para materiales de construcción. Así, el juego y el disfrute colectivo fueron parte del engranaje para medir la calidad del espacio.

Calidad de las Interacciones

La posibilidad de generar relaciones significativas entre los miembros de la comunidad fue otro de los pilares fundamentales de la intervención. Así, se distinguieron dos tipos generales de interacciones donde se trató de incidir: el espacio de socialización a través del juego y acciones en favor de la primera infancia, y el espacio de socialización a través de la participación comunitaria.

En el primero, se observó que el público que utilizaba el espacio era predominantemente infantil, compuesto en su mayoría por los hijos de las madres que trabajaban en la olla común o de las personas que acudían a recoger alimentos. Durante el tiempo de espera y recojo del menú, los niños ocupaban el ambiente para correr, reír y sumergirse en juegos donde la imaginación construía escenarios y narrativas propias.

Estas dinámicas, aunque impulsaban la creatividad y fomentaban la exploración, estaban marcadas por la ausencia de elementos físicos de juego que complementaran su experiencia. Esta carencia no solo limitaba las posibilidades de interacción, sino que también hacía precarios los modos en que los niños jugaban y se reconocían como sujetos en convivencia. Además, durante los fines de semana el uso del espacio era más intensivo debido a la mayor disponibilidad de tiempo libre por parte de los niños, en contraste con una menor supervisión adulta, ya que muchas madres y cuidadores

también trabajaban en esos días. Esto incrementaba el riesgo durante las estadías prolongadas, afectando la calidad de las interacciones infantiles.

En cuanto al segundo tipo de interacción, vinculado a la socialización a través de la participación comunitaria, el espacio promovía encuentros organizados para decidir colectivamente sobre acciones en favor del bienestar común, así como eventos comunitarios y celebraciones barriales que buscaban fortalecer el tejido social. Estos permitieron, además, abordar conflictos y encontrar soluciones consensuadas.

Sin embargo, la calidad de estas interacciones se vio limitada por la falta de condiciones físicas adecuadas: la exposición constante al sol, la presencia de lluvias o neblina, y la ausencia de zonas de resguardo o mobiliario para sentarse dificultaban la permanencia prolongada en el espacio. Incluso cuando la comunidad decidía organizar celebraciones, los horarios eran muy reducidos, ya que los factores climáticos y la precariedad del equipamiento hacían que quedarse más tiempo del previsto resultara incómodo o incluso peligroso. Además, la ausencia de iluminación impedía cualquier tipo de interacción durante la noche, restringiendo el uso del espacio a franjas horarias muy específicas.

Disminución de Desplazamientos

El diseño del espacio comunitario contempló la incorporación de áreas destinadas al desarrollo de actividades esenciales, como la alimentación, con el objetivo de evitar desplazamientos innecesarios hacia otros puntos del asentamiento. No obstante, la infraestructura de la olla común se mostraba insuficiente para responder de manera adecuada a estas demandas. Si bien funcionaba como un núcleo de concentración de diversas dinámicas comunitarias, carecía de las condiciones espaciales y materiales necesarias para albergar cómodamente a un número amplio de personas. Su rol como punto de convergencia de múltiples necesidades colectivas —alimentación, cuidado, organización barrial— enfrentaba además el desafío de atender a públicos diversos, lo cual dificultaba su adaptación a usos más amplios y sostenidos.

En este contexto, la falta de una infraestructura complementaria obligaba a los usuarios a realizar constantes desplazamientos, como el recorrido entre la olla común y sus viviendas tras el recojo del menú. Estos trayectos, que en principio deberían ser

breves y seguros, se veían afectados por las condiciones precarias del entorno inmediato: la inclinación del terreno fuera de la losa dificultaba el tránsito, exponiendo los alimentos al polvo, caídas o derrames; mientras que las escaleras en mal estado incrementaban el riesgo de accidentes, especialmente cuando los vecinos transportaban ollas, recipientes u otros objetos en las manos.

Por ello, resultaba fundamental que la infraestructura se configurara como un espacio accesible, seguro y funcional, capaz de reducir la necesidad de desplazamientos y optimizar el uso del tiempo y los recursos de los habitantes. La consolidación de espacios complementarios no solo facilitaría una articulación más eficiente de las múltiples demandas comunitarias, sino que también fortalecería el papel del equipamiento comunal como eje estructurador de la vida cotidiana y del bienestar colectivo.

Sostenibilidad de la intervención

Para este documento el espacio a recuperar se concibe como nodo comunitario multifuncional, integrando zonas verdes, áreas de sombra y mobiliario accesible para diversos grupos de usuarios. Esta visión tiene el propósito de consolidar el espacio como un punto de encuentro esencial para la comunidad, promoviendo su apropiación por parte de los residentes. Al desarrollar un vínculo de cuidado y valoración hacia el lugar, se espera que su uso y preservación se mantengan en el tiempo, fortaleciendo la identidad comunitaria y fomentando un sentido de pertenencia.

La sostenibilidad del proyecto se plantea desde dos perspectivas principales. Por un lado, se busca establecer espacios de encuentro comunitario diseñados para reuniones, asambleas y talleres que faciliten el diálogo y la participación activa de los vecinos. Por otro lado, se priorizan espacios recreativos que permitan la interacción entre niños y adultos en un entorno seguro, contribuyendo a la cohesión social.

En adición a la recuperación física del espacio, se trabajó el diseño de un programa integral de talleres y sesiones con los vecinos para abordar temas como sostenibilidad del espacio, autogestión, violencia intrafamiliar, empoderamiento y mecanismos de resiliencia. Este enfoque buscaba no solo transformar el espacio urbano, sino también fortalecer las capacidades individuales y colectivas de la comunidad. Al integrar estas dimensiones, la intervención se propuso como un espacio

equitativo, sostenible y funcional, mientras se fomenta un desarrollo humano más pleno y resiliente.

La metodología fue implementada y se identificaron los supuestos sobre los cuales el equipo de la MML estructuraría la ejecución del proyecto. Esto permitió orientar las acciones sobre los puntos críticos de intervención. El siguiente apartado analiza el plan y la implementación del espacio a recuperar.

3.2.3. Ejecución del plan de diseño

La fase de ejecución del diseño participativo logrado marcó el inicio del tramo más complejo del proyecto. Aunque el rol del gestor social pasó a un plano más de acompañamiento durante la producción física del espacio, su labor fue crucial para mantener la motivación y el compromiso comunitario, asegurando que las tareas se distribuyeran según el expertise de los colaboradores locales. Paralelamente, el liderazgo operativo recayó en los arquitectos voluntarios del proyecto y los líderes locales, quienes dirigieron la transformación del espacio en estrecha colaboración con la comunidad.

El maestro de obra y los trabajadores locales

Fue la práctica lo que nos hizo atesorar un nuevo actor que no había sido identificado en un primer momento. El maestro de obra del barrio ejercía un papel movilizador de agentes locales de construcción. Él era líder de una red de recursos humanos, de mano de obra no calificada local que era indispensable para que este nuevo grupo -trabajadores residentes del espacio- formen un vínculo con el lugar a rehabilitar; así, de trabajadores, la intención era que pasen a ser usuarios.

Por consiguiente, que sean del barrio, nos proporcionaba dos componentes:

1. Compromiso y 2. Control y cohesión social. La comunidad conocía quiénes eran, dónde vivían y qué vínculos familiares tenían en el entorno, factores clave para garantizar la responsabilidad que el proyecto requería. Además, resultaba evidente que, como semilla, el proyecto debía apoyarse en actores comunitarios esenciales, capaces de movilizar y potenciar el capital humano del barrio.

Sin embargo, este nuevo actor también trajo consigo conflictos con las ideas y propuestas de los arquitectos. La teoría y la práctica entraron en disputa, la lucha por

el predominio de un discurso, pusieron en consideración lo que en un principio se trató como un trabajo colaborativo entre las partes. Como comenta un vecino:

Buscar un maestro que oriente esas cosas. Más que todo eso sería porque a veces uno puede tener muchos conocimientos, pero hay que tener personas que trabajan en la realidad. Lo teórico no es todo. No en todo lugar lo puedes hacer con lo teórico, pienso que cada lugar tiene que sacar sus propias cosas de ahí ¿no? (comunicación personal, 15 de junio 2023)

Finalmente, en reuniones que involucraron al maestro de obra, las lideresas de la olla común, los arquitectos y el equipo de la MML, se ajustaron los acuerdos trabajados previamente en los talleres participativos. Durante estas sesiones, se discutieron de manera más detallada los aspectos técnicos para la transformación física del espacio y que este tenga la validación social de los vecinos. La proyección final del espacio fue aprobada de forma consensuada por todas las partes involucradas.

Rehabilitación de los puntos estratégicos del espacio

La aplicación de las herramientas metodológicas para el diseño arrojó los siguientes apuntes críticos en los que se basó el diseño del espacio (Figura 9).

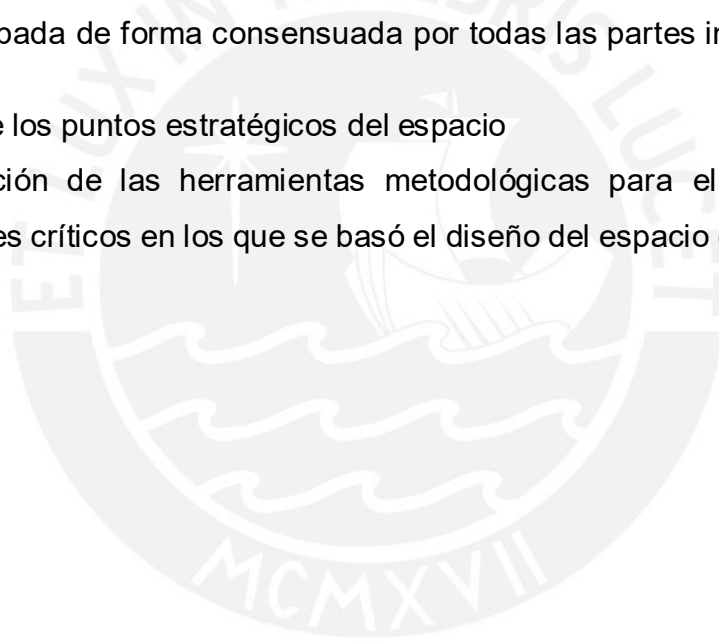
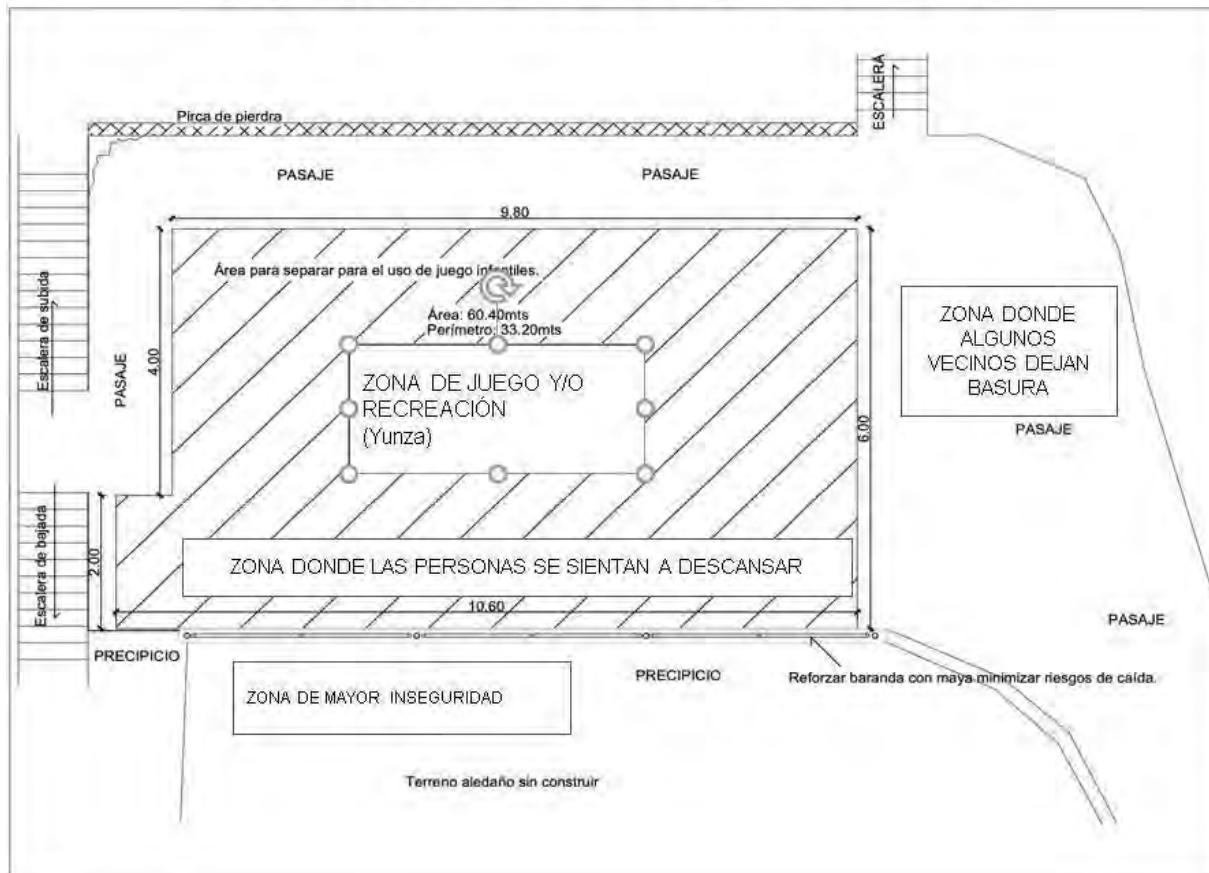


Figura 9
 Plano del espacio a intervenir en Horacion Zeballos 2



Fuente. Miembro del equipo de arquitectos voluntarios

Los cambios físicos que se podían realizar en esta intervención se restringieron al borde y su espacio circundante, identificado como una zona de riesgo. Esto lo dispuso como eje central de la recuperación del área comunitaria. Antes de la mejora, existía una baranda provisional hecha de maderas en la zona de riesgo de la losa, que, aunque cumplía una función básica, representaba un riesgo considerable debido a su fragilidad y falta de estabilidad (Figura 10 y 11).

Figura 10
Baranda provisional hecha por la población en zona de riesgo y de uso intensivo



Fuente. Elaboración propia, 2021

Figura 11
Baranda provisional hecha por la población en zona de riesgo y de uso intensivo II

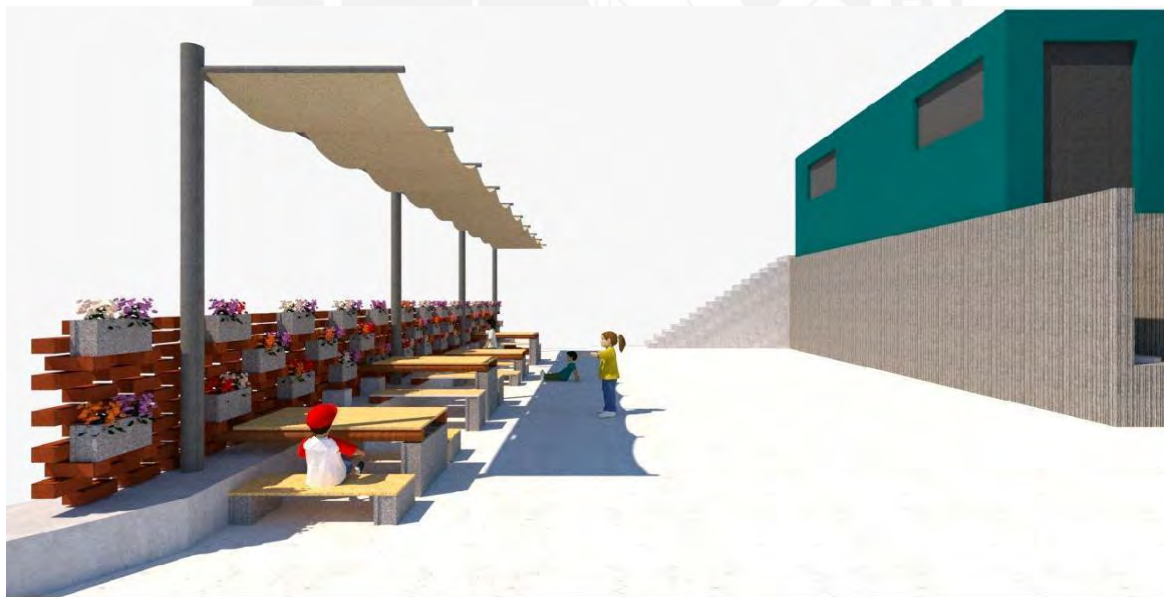


Fuente: Elaboración propia, 2021

Esta decisión respondía a la prioridad compartida de garantizar la seguridad de los vecinos y sobre todo los infantes, reduciendo el peligro de accidentes asociados a la pendiente. De manera unánime, se optó por la construcción de un muro en este borde, diseñado no solo para minimizar el riesgo, sino también para proporcionar una estructura pertinente que genere confianza en el entorno e impulse nuevos comportamientos urbanos en un espacio con nuevo valor agregado.

Lo que comenzó como un proyecto de recuperación con mobiliario de bajo costo evolucionó hacia una construcción más ambiciosa: un muro de ladrillos que ofreciera estabilidad y seguridad en la zona de riesgo, en adición, espacios de sol y sombra donde se podrían mesas y sillas del tamaño adecuado para un infante. (Ilustración 12) Si bien esta solución era funcional y parecía adecuada -en primera instancia- la falta de experiencia técnica del equipo en la puesta de este tipo de estructuras generó contratiempos.

Figura 12
Diseño en 3D del espacio a implementar



Fuente. Equipo de arquitectos del proyecto

Durante las primeras fases de construcción, el muro colapsó debido a errores en su armado, como la ausencia de refuerzos de acero y columnas adecuadas. Este incidente subrayó la importancia de articular el conocimiento teórico con el práctico en pro de generar conocimientos colaborativos que sumen al objetivo.

La reflexión sobre los saberes fue rápidamente acotado por la presidenta del asentamiento humano: “Hacerlo con unos que no sean tan profesionales porque no necesitas ser profesional para saber. Como dicen, yo no he terminado mi secundaria, pero sé cuál es bueno y cuál es malo” (comunicación personal, 13 de junio del 2023).

Esta declaración pone en tensión las lógicas de producción de conocimiento, cuestionando el liderazgo del enfoque técnico sobre el saber práctico local. En este sentido, Pierre Bourdieu, en *El oficio del sociólogo* (1968), advierte que el capital simbólico coloca a ciertos actores, como los profesionales técnicos, en una posición de poder que puede influir excesivamente en los procesos, en detrimento de las perspectivas comunitarias.

La reconstrucción del muro, esta vez bajo la supervisión directa del maestro de obra, involucró modificaciones estructurales importantes, como la inclusión de columnas y refuerzos de acero. Un vecino lo describe así:

Yo vi que cuando hicieron la primera vez, se cayó el murito. Como esos ladrillos tienen hueco y como era en cadena, entonces ahí han tenido que poner una barrita de fierro (...) Luego pusieron unas columnas a los lados y eso ayudó un poco (comunicación personal, 14 de junio del 2023)

Aunque el proyecto logró ejecutarse correctamente, el tiempo, los recursos económicos y la mano de obra invertidos para corregir estos errores sacaron a relucir la urgencia de mejorar el mapeo de actores según recursos y conocimientos.

El espacio debía ser inclusivo con todos sus usuarios. Era el único espacio comunitario disponible y por ello, debía incorporar mobiliario de uso común y no únicamente de la primera infancia. Por consiguiente, se decidió diseñar un espacio de interacción y confort alrededor del muro, concebido como un lugar de encuentro vecinal. Este espacio integraría equipamientos adecuados para los niños sin comprometer su carácter multifuncional (Figura 13).

Figura 13
Representación en 3D del muro y sol y sombra del espacio de interacción



Fuente. Equipo de arquitectos del proyecto

En el momento previo a la intervención, la olla no podía albergar a más de 5 o 6 personas en el ambiente educativo y social y en la parte externa, en la losa, no existían las condiciones necesarias para estadías numerosas ni prolongadas ya que no contaba con lugares de descanso ni sombra.

De este modo, se incorporaron mesas especialmente diseñadas para infantes, hechas de OSB con un lijado especial para garantizar seguridad. Adicionalmente, a las mesas, se implementaron bancas en su entorno inmediato. Estas mesas y bancas, adaptadas a la altura promedio infantil (95 centímetros), no solo servían para actividades específicas de este grupo, sino también como áreas de descanso y convivencia general.

Por otro lado, se dispusieron estructuras de sombra que, aunque limitadas por restricciones presupuestarias, cubrían parcialmente el espacio, proporcionando un alivio necesario en zonas de alta exposición al sol. Estas áreas cumplen una función climática, brindando confort térmico en ambientes expuestos lo que potencia el uso de estos espacios. Esta sombra cubría todo el largo del muro, pero de ancho solo ayudaba en un tercio del área permitiendo espacios de sol y sombra en un mismo ambiente lo que integraría individuos con preferencias por calor o frío a permanecer.

Esto se pensó desde las dinámicas que teníamos el objetivo de generar. Así, las áreas de sombra albergarían acciones de descanso y revitalización, mientras que el área expuesta al sol mantendría las actividades lúdicas o encuentros sociales más activos para la población.

Acciones para la sostenibilidad

El espacio conseguido debía ser un símbolo del barrio. Un lugar donde se concretara una idea propia de la comunidad y el cual sea punto de partida para empoderarse sobre el discurso de ser agente de cambio. Así, con el propósito de fortalecer la sostenibilidad del espacio y el desarrollo integral de la comunidad - para que estos espacios innovadores se concreten, se potencien, se reinventen- se planificaron talleres complementarios orientados al desarrollo integral de los participantes.

Estos talleres abordaban temas como apoyo emocional, empoderamiento, habilidades digitales y estrategias para mantener la sostenibilidad del lugar buscando no solo optimizar su uso, sino también empoderar a los beneficiarios para reinventarlo y adaptarlo a nuevas dinámicas. Sin embargo, limitaciones organizativas y los tiempos para presentar el producto dificultaron la implementación de estas actividades, dejando una lección clave sobre la importancia de la articulación efectiva entre los actores involucrados.

Sin embargo, la sostenibilidad del proyecto también dependía de la articulación efectiva entre las demandas comunitarias y los lineamientos establecidos por las instituciones financiadoras. Este proceso participativo representó un desafío significativo, pero resultó esencial para asegurar la viabilidad y el éxito de la intervención.

Al representar a una institución pública y sus lineamientos, se debía responder concretamente a cómo este espacio adquiriría características de desarrollo infantil; a lo que nuestra propuesta respondía que el objetivo era darles un ambiente seguro y donde sus cuidadores también estén a gusto y se generen sinergias positivas entre ambos. Esto daría como resultado el mantenimiento y arraigo al lugar: su sostenibilidad.

Imprevistos operativos y sociales en la implementación de la obra

Durante la ejecución de la obra, surgieron diversas complicaciones que influyeron tanto en los procesos operativos, tiempos y la dinámica comunitaria. Uno de los primeros desafíos fue la falta de adecuación del recurso humano convocado. La participación inicial consistió principalmente en madres, cuidadores, aliados de las ollas comunes y niños, quienes habían sido actores clave en el diseño del proyecto.

Sin embargo, para las actividades operativas más exigentes, como el traslado y manejo de materiales, se requirió un perfil diferente, más adaptado a las demandas físicas de estas tareas. Esta situación evidenció la necesidad de una planificación más estratégica en la convocatoria de voluntarios, orientada a alinear las capacidades de los participantes con las necesidades específicas de cada etapa del proyecto.

Otra dificultad relevante fue la percepción de representatividad por parte de algunos pobladores del asentamiento humano Horacio Zeballos 2. En un momento determinado del proceso, un grupo de vecinos expresó su descontento al no haber sido consultado previamente sobre las adecuaciones realizadas en el espacio intervenido. Si bien se había implementado una estrategia de comunicación y participación liderada por el equipo de la Municipalidad en coordinación con representantes de la olla común, este episodio puso en cuestión nuestro rol como facilitadores y voceros de la intervención, así como el alcance efectivo del involucramiento comunitario.

La situación evidenció tensiones latentes entre las expectativas de participación amplia y directa por parte de la población y las dinámicas de representación asumidas en el marco del proyecto. Ello abrió un debate necesario sobre los límites y posibilidades del mapeo de actores, así como sobre la legitimidad de los interlocutores que median entre la institucionalidad y la comunidad. Más allá del incidente puntual, esta experiencia reveló que la representatividad en contextos comunitarios no es un atributo fijo, sino un proceso dinámico y disputado, que requiere revisión constante para asegurar que las voces y necesidades del conjunto de actores sociales sean reconocidas en el diseño y desarrollo de espacios colectivos.

La falta de compromiso social por parte de algunos sectores de la comunidad representó un obstáculo recurrente a lo largo del proceso. A pesar de los esfuerzos por involucrar a los vecinos como agentes activos de cambio, la participación sostenida fue

limitada. En varias ocasiones, el equipo tuvo que recurrir a visitas casa por casa para difundir información, convocar a reuniones o solicitar apoyo voluntario, lo que implicó una inversión significativa de tiempo y esfuerzo adicional. La estrategia de comunicación comunitaria, aunque bien intencionada, resultó insuficiente para movilizar compromisos de mediano plazo —particularmente durante la etapa de construcción del espacio— y para consolidar una lógica de responsabilidad colectiva.

Además, se evidenciaron limitaciones en el respaldo logístico e institucional por parte de algunos aliados estratégicos, lo que dificultó una dedicación plena al proyecto. Esta situación se vio agravada por una desarticulación parcial entre los objetivos formulados por la Gerencia a la que pertenecíamos y la realidad operativa del proyecto. La falta de una visión compartida sobre los alcances y prioridades del proceso impactó en la posibilidad de consolidar un vínculo sólido con la comunidad y de responder de forma coherente a sus dinámicas, necesidades y tiempos.

En relación con ello, la socióloga Diana Sánchez (2021), quien también realizó su tesis sobre el programa Barrio Mío de la Municipalidad Metropolitana de Lima, señala que muchas veces las intenciones institucionales tienden a privilegiar una lógica de intervención a escala zonal, es decir, en áreas amplias que no siempre coinciden con las delimitaciones sociales reconocidas por la propia población.

Por el contrario, las comunidades suelen interiorizar un enfoque más barrial, construido desde el sentido de pertenencia y la identificación territorial cotidiana. Esta disonancia genera tensiones en la implementación de los proyectos, al provocar disputas internas sobre quiénes son reconocidos como parte del “barrio” y quiénes no. Así, se producen divisiones entre actores que comparten un mismo territorio zonal pero que no necesariamente se identifican entre sí como parte de una misma comunidad barrial.

3.3. Usos y apropiaciones del espacio recuperado

Hasta este punto, se ha sistematizado la experiencia para entender el espacio, el diseño, la implementación, todo enmarcado dentro de las responsabilidades y objetivos de la MML.

Este nuevo apartado aborda los componentes y dinámicas urbanas que se han generado respecto a los usos y apropiaciones, tanto físicas como simbólicas, del

espacio recuperado. Se propone un análisis integral que combina las observaciones realizadas con las reflexiones surgidas de los actores comunitarios, destacando su impacto en las relaciones sociales y la vida cotidiana.

3.3.1. Transformaciones de los usos y apropiaciones

Por un lado, se observan acciones individuales vinculadas a la mejora en la calidad de vida de los usuarios del espacio. Un claro ejemplo es el caso de las personas beneficiarias y colaboradoras de la olla común. Antes de la intervención, su interacción con el espacio era meramente funcional: recoger alimentos y marcharse. No obstante, con la incorporación de mobiliario y zonas de descanso, pueden esperar en condiciones dignas, sentarse cómodamente e incluso socializar de manera espontánea. Estas interacciones aparentemente simples generan un cambio significativo al convertir el espacio en un catalizador de pequeñas pero importantes dinámicas urbanas.

El juego ha emergido como otro componente central de los nuevos usos individuales y colectivos. Antes, el juego se limitaba a actividades improvisadas con pocos recursos, como partidos de fútbol con límites delimitados por piedras. Ahora, la instalación de mesas ha ampliado las opciones, incorporando juegos de mesa, actividades artísticas y espacios donde niños y adultos interactúan en dinámicas más complejas. Este mobiliario ha permitido que el espacio sirva también como área complementaria para la educación informal, ya que niños lo utilizan para realizar tareas escolares, reuniones de grupo o dibujar mientras comparten con sus compañeros.

Sin embargo, estas transformaciones no han estado exentas de tensiones. Algunos vecinos han expresado descontento por el cambio en la disposición del espacio que solían considerar exclusivo para el juego libre. Estas opiniones, aunque han disminuido con el tiempo, reflejan la necesidad de reforzar la sensibilización sobre los beneficios colectivos de la intervención.

Este equilibrio permite que el espacio se adapte a distintas necesidades y horarios: por la mañana y la tarde, el área sombreada se utiliza para encuentros comunitarios o el descanso de vecinos que transitan las escaleras, mientras que las áreas de sol cobran protagonismo en actividades que requieren energía y espacio abierto. La coexistencia de ambas zonas garantiza que el espacio sea inclusivo, versátil y funcional durante todo el día.

La diferenciación entre las áreas de sol y sombra también desempeña un papel crucial en la variedad de actividades realizadas en el espacio recuperado. Mientras que las áreas con sombra suelen ser preferidas para actividades más sedentarias como reuniones, talleres comunitarios o juegos de mesa; las áreas expuestas al sol son fundamentales para deportes y dinámicas colectivas como el vóley o fútbol. Además de que se ha posicionado el espacio como el nodo predilecto para el disfrute colectivo en celebraciones vecinales como día de la madre, del padre, navidad, etc. Como un vecino señala “Antes para navidad, solo iban a recoger su chocolatada y panetón, pan y se retiraban. El año pasado hicimos lo mismo, pero también entre los vecinos se realizó un show navideño y todos los niños y adultos nos divertimos” (comunicación personal, 14 de junio del 2023)

Como se mencionó, el espacio intervenido ha logrado consolidarse como un punto de encuentro clave para la vida colectiva del asentamiento. Su uso como escenario de reuniones vecinales, celebraciones comunitarias —como cumpleaños, chocolatadas o festividades locales—, así como de actividades promovidas por organizaciones externas, tales como talleres, campañas de salud o charlas informativas, da cuenta de su creciente centralidad en la dinámica barrial. La transformación del terreno, antes irregular y poco funcional, mediante la implementación de un piso de concreto y la incorporación de mobiliario básico, no solo mejoró las condiciones físicas del lugar, sino que también amplificó su potencial simbólico y social.

Este nuevo equipamiento no solo facilita la convivencia cotidiana, sino que habilita nuevas formas de encuentro y cooperación entre los distintos actores del territorio. En ese sentido, el espacio recuperado no se limita a ofrecer una infraestructura más segura y adecuada, sino que también actúa como catalizador de relaciones sociales, promoviendo prácticas de organización, cuidado mutuo y sentido de pertenencia. Su consolidación como referente comunitario representa no solo un avance en términos materiales, sino también un aporte sustantivo a la construcción de capital social y a la revitalización de los vínculos vecinales.

3.3.2. Apropiaciones simbólicas y percepciones comunitarias

Por otra parte, el espacio recuperado ha adquirido significados simbólicos palpables para la comunidad. Se percibe como un lugar útil, que ha mejorado significativamente las condiciones de vida de los vecinos. Los elementos como el techo, el muro, las bancas y las mesas no solo cumplen su propósito práctico, sino que también simbolizan el progreso y el potencial de inversión social en el barrio. Para muchos residentes, estos cambios físicos son un indicio de que es posible aspirar a un entorno urbano más digno y de mejora para las interacciones sociales.

El aspecto estético del espacio también ha impactado en las percepciones locales. Aunque algunos vecinos señalaron diferencias entre el diseño inicial y el resultado final, la mayoría considera que las mejoras han embellecido el área, haciéndola más vistosa y acogedora. Este cambio no solo ha incrementado el tiempo de permanencia de los habitantes, sino que también refuerza la identidad comunitaria al consolidar el espacio como un lugar que representa su esfuerzo colectivo. Sin embargo, este proceso de apropiación simbólica sigue en construcción, con desafíos como la gestión del mantenimiento del lugar y la consolidación de un sentimiento de responsabilidad compartida.

La seguridad percibida es otro elemento clave en las apropiaciones simbólicas del espacio recuperado. La construcción del muro y las mejoras en la infraestructura han reducido significativamente los riesgos para los usuarios, especialmente para los niños que antes jugaban en condiciones precarias. Anteriormente, instalaciones inadecuadas exponían a los menores a caídas peligrosas o accidentes, una preocupación constante para sus cuidadores. Ahora los riesgos de accidentes han disminuido considerablemente, lo que genera tranquilidad tanto para las familias como para los responsables del espacio.

Además, el diseño del espacio promueve la seguridad en varios niveles. Por un lado, las áreas de sombra, junto con las bancas y mesas, ofrecen zonas específicas para la permanencia y convivencia, evitando la dispersión desordenada de actividades que antes podían generar conflictos de uso. Por otro lado, la mejora en la visibilidad del espacio —gracias al diseño abierto y a la iluminación autogestionada por los vecinos— contribuye a una mayor vigilancia comunitaria, reduciendo la percepción de

inseguridad durante las tardes y noches. La disposición estratégica de los equipamientos, crea un entorno accesible, funcional y libre de obstáculos que refuerza la percepción de seguridad y facilita los desplazamientos y permanencias de los usuarios.

Finalmente, el uso constante del espacio por parte de diferentes grupos, como familias, niños y organizaciones comunitarias, incrementa la "presencia activa" en el lugar, lo que contribuye a la disuasión de comportamientos no deseados.

3.3.3. Expectativas generadas y sostenibilidad del espacio

El espacio recuperado no solo ha transformado las dinámicas actuales, sino que también ha generado expectativas sobre su futuro potencial. Una de las muestras más claras de compromiso comunitario es la autogestión de la iluminación del espacio, una necesidad que fue asumida por los propios vecinos luego de entregada la obra. Este tipo de iniciativas refleja el empoderamiento de los residentes y su capacidad para trabajar colectivamente en la mejora continua del lugar.

La sostenibilidad de estos esfuerzos dependerá de consolidar estas prácticas, fomentando la participación de estos agentes en otras redes comunitarias y afinando su capacidad de resiliencia, adaptación y gestión en sus asentamientos.

La experiencia señalada por Alarcón (2020) evidencia cómo la acción colectiva puede generar transformaciones significativas en las comunidades, especialmente cuando surgen desde la organización local. No obstante, también advierte los desafíos asociados a la sostenibilidad de estos procesos, como la falta de reconocimiento formal y la ausencia de sistematización de sus aprendizajes. En este sentido, la consolidación del espacio recuperado no solo requiere la continuidad de las prácticas autogestionarias, sino también el fortalecimiento de mecanismos que permitan documentar, visibilizar y replicar estas experiencias. La sistematización de estas iniciativas es clave para su sostenibilidad, ya que posibilita el aprendizaje a partir de la práctica, facilita su adaptación a distintos contextos y permite la articulación con otros actores.

Por último, el espacio presenta un potencial considerable para el desarrollo de proyectos socioeducativos y culturales que contribuyan a la cohesión social. Actividades orientadas a la educación, la recreación y la capacitación pueden actuar

como catalizadores de un desarrollo local más amplio. Para asegurar su impacto a largo plazo, es fundamental implementar estrategias de medición que permitan evaluar los resultados y ajustar las intervenciones en función de las necesidades de la comunidad.

3.3.4. El ejercicio sociológico profesional en las intervenciones de espacios comunitarios

Respecto al rol del sociólogo, la experiencia de intervención urbana permitió integrar teoría y práctica desde una perspectiva centrada en lo comunitario.

Aunque el proyecto no abordó directamente el desarrollo infantil temprano, se reconoció la importancia de incluir a diversos grupos de la comunidad —como las representantes de las ollas comunes, cuidadores y, de manera destacada, las niñas y los niños— cuyas voces rara vez son consideradas en el diseño urbano. A partir de procesos participativos basados en la escucha, la observación, el diálogo y la gestión articulada con los actores locales, se planteó al espacio público como una expresión democrática de encuentro, intercambio y discusión ciudadana.

En este contexto, el rol del sociólogo fue clave como mediador territorial. Como señala un integrante del equipo: “Principalmente nuestro trabajo se relacionaba con el tema de identificar un espacio, una población y necesidades en lo posible solucionables, de cierta manera” (comunicación personal, 15 de junio del 2023). Esta labor cotidiana posicionó al equipo como articulador entre la comunidad, las organizaciones sociales y la institución, sobre todo en un momento tan álgido como la proliferación de la pandemia. Esto permitió incorporar el proyecto dentro de una estrategia mayor de intervención.

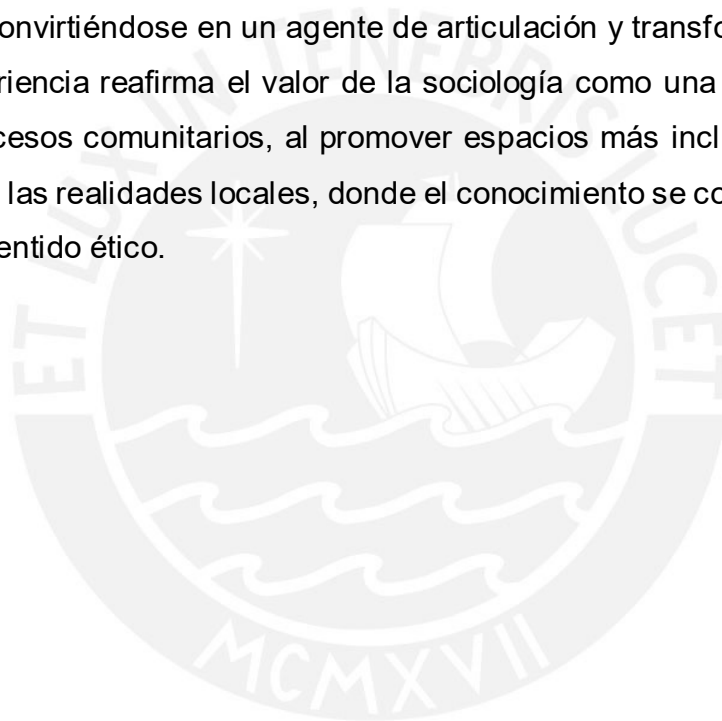
La experiencia también implicó una transformación del enfoque inicial. A través del diseño participativo, se superó una lógica asistencialista, permitiendo una labor más colaborativa. Como comentó otro miembro del equipo: “Podíamos construir algo más allá de nuestro rol de facilitadores que muchas veces solo se enfocaba a la ayuda alimentaria” (comunicación personal, 15 de junio del 2023), evidenciando un tránsito hacia una intervención más significativa y consciente de otras demandas.

Desde un enfoque crítico, se recupera la noción de reflexividad planteada por Bourdieu (2002), que permite al profesional reconocer su propia posición social y las dinámicas de poder implícitas en la relación con la comunidad. Si bien alcanzar plena

conciencia es un ideal, la construcción de narrativas compartidas reflejó un compromiso real con el territorio y sus usuarios.

El sociólogo, en su rol de relacionista comunitario, no solo facilitó el diálogo entre actores, sino que impulsó la sostenibilidad del proyecto mediante la activación de redes locales. Esta labor requirió también adaptabilidad frente a las exigencias institucionales, lo que fortaleció el compromiso del equipo al integrar lo técnico con un vínculo ético hacia la comunidad. En definitiva, el ejercicio profesional del sociólogo en esta intervención urbana evidenció la importancia de una práctica situada, crítica y comprometida con el territorio. Su rol fue más allá de la aplicación técnica de conocimientos, convirtiéndose en un agente de articulación y transformación social.

Esta experiencia reafirma el valor de la sociología como una herramienta capaz de incidir en procesos comunitarios, al promover espacios más inclusivos, sostenibles y coherentes con las realidades locales, donde el conocimiento se construye de manera colectiva y con sentido ético.



Conclusiones

El proyecto de rehabilitación del espacio comunitario evidenció la complejidad de intervenir en contextos de vulnerabilidad donde las desigualdades afectan a todos los actores involucrados. En particular, la atención a la primera infancia mostró la necesidad de abordar no solo a los niños como protagonistas, sino también a su entorno, cuidadores y vecinos, reconociendo que el desarrollo infantil no ocurre de manera aislada, sino en constante interacción con su comunidad.

La reconfiguración del espacio no fue un acto unilateral, sino un proceso profundamente colaborativo en el que la comunidad recuperó su agencia y redefinió su sentido de pertenencia al territorio. La intervención entonces representó una plataforma donde se expusieron alcances y límites de este tipo de proyectos semilla desde el trabajo de las instituciones municipales. Además una oportunidad para promover espacios colaborativos, reforzar redes sociales y posicionar la inclusión como eje central del diseño urbano.

Desde su concepción, el espacio transformado fue planteado como un nodo para nuevos entramados sociales. La proposición de cambio, aunque no exacta ni rígida, promovió acciones y actitudes que trascienden el alcance inmediato del proyecto. Por consiguiente, la rehabilitación del espacio tuvo un impacto dual: como una solución práctica a necesidades comunitarias y como un símbolo de cohesión y progreso social. La apropiación por parte de sus vecinos refleja el beneficio del proyecto y su capacidad para consolidarse como un referente de transformación sostenible, aunque debido a factores de tiempo y presupuesto no se logró implementar todo el trabajo posterior a la obra que se había planteado para la sostenibilidad (capacitaciones).

En este proceso, la olla común, inicialmente concebida como un espacio de provisión alimentaria, evolucionó hacia un agente clave de transformación social y educativa. Este cambio ejemplifica cómo las organizaciones locales pueden convertirse en agentes de cambio más allá de sus objetivos originales, mostrando que los espacios comunitarios bien diseñados tienen el poder de trascender sus funciones primarias para generar transformaciones más amplias y duraderas.

A pesar de los desafíos, este proyecto demostró la viabilidad de modelos de intervención participativos que integren las voces de la comunidad en todas las etapas

del proceso. Esto permitió no solo rehabilitar un espacio físico, sino también fortalecer el tejido social, contribuyendo a construir un entorno inclusivo, seguro y orientado al bienestar colectivo. La sostenibilidad del espacio radicó en su capacidad de adaptarse a las dinámicas cambiantes de la comunidad, manteniendo como eje central el propósito de ganar derechos ciudadanos desde adentro.

Para garantizar el éxito del proyecto, especialmente en territorios con baja densidad poblacional pero altas necesidades sociales, es fundamental consensuar saberes prácticos y técnicos desde el inicio. Esta integración permite abarcar el espectro completo de las demandas del proyecto, combinando la experiencia local con el rigor metodológico. Aunque los errores iniciales en el desarrollo del proyecto requirieron ajustes, estos fortalecieron la capacidad adaptativa del equipo y facilitaron la construcción de alianzas estratégicas en cada etapa, consolidando un enfoque colaborativo y sostenible.

El sociólogo entonces tiene un rol transversal al actuar como mediador entre narrativas diversas y actores heterogéneos. Articula necesidades locales, requerimientos técnicos y expectativas institucionales. Dicha labor facilitó la construcción de una intervención que, al buscar un equilibrio entre espacios colectivos e inclusivos, promovió una ciudadanía activa, responsable y comprometida con la defensa y el cuidado de sus espacios públicos.

En síntesis, esta experiencia reivindica el valor de una sociología situada y comprometida, capaz de generar conocimiento anclado en la práctica y de incidir en procesos de transformación social que trascienden lo técnico-administrativo. En contextos de alta vulnerabilidad, la integración de saberes prácticos —arraigados en las dinámicas comunitarias— y saberes técnicos —sustentados en el rigor metodológico— se revela esencial para abordar las complejidades de los proyectos territoriales.

Referencias bibliográficas

- Alarcón Bernal, J. J. (2020). Acción colectiva en Asivru: Madres comunitarias, agentes educadoras en el territorio de Usme. En E. Diomedes Jaime Ruiz (Ed.), *Actores sociales, acciones colectivas y transformación social* (p. 91-101). Ediciones USTA.
- Arendt, H. (2002). *The human condition*. University of Chicago Press.
- Arnanz Monreal, L., García Montes, N., & Villasante, T. R. (2023). La investigación y acción participativa y transformadora basada en los grupos motores. *Revista Prisma Social*, (43), 34-56. <https://revistaprismasocial.es/article/view/5176/5719>
- Blondet, C., & Montero, C. (1995). *Las mujeres & la política en los gobiernos locales: Una experiencia en Lima*. IEP.
- Bobadilla, P. (2016). Persistir en el intento: Cambios y permanencias en la identidad y rol de las ONG fundacionales en el Perú 1990-2016. *Debates en Sociología*, No. 43, 93-128.
- Borja, J. (2003). *La ciudad conquistada*. Alianza Editorial.
- Bourdieu, P. (1986). The forms of capital. In J. G. Richardson (Ed.), *Handbook of theory and research for the sociology of education* (pp. 241-258). Greenwood Press.
- Cabrera, T., & Villaseca, M. (2007). *Presentes, pero invisibles: Mujeres y espacio público en Lima Sur* (Serie Estudios Urbanos N.º 2). Lima: DESCO - Centro de Estudios y Promoción del Desarrollo.
- Castells, M. (2012). *Networks of outrage and hope: Social movements in the internet age*. Polity.
- Congreso de la República del Perú. (2022). Ley N° 31458: Ley de ollas comunes. <https://www.leyes.congreso.gob.pe/>
- Dammert-Guardia, M., & Vega Centeno Sara Lafosse, P. (2023). Las centralidades metropolitanas de Lima (Perú) como espacio habitado: una aproximación cualitativa. *Revista de Urbanismo*, (48), 62–84.
- Dammert-Guardia, P., & Carrión, F. (2019). *Ciudades y ciudadanía en América Latina*. FLACSO.
- Dart, J. (1999). *The most significant change technique: A manual for practitioners*. Learning Evaluation Consultancy.
- Davies, R., & Dart, J. (2011). *The most significant change (MSC) technique: A guide to its use*. CARE International.
- De Certeau, M. (1996). *The practice of everyday life*. University of California Press.
- Defensoría del Pueblo. (2021). *Informe anual sobre la pobreza en el Perú*. Defensoría del Pueblo.

Dimaggio, P. (2006). Nonprofit organizations and the cultural industries. In W. W. Powell & R. Steinberg (Eds.), *The nonprofit sector: A research handbook* (pp. 432-448). Yale University Press.

Espinoza Salas, D. M. (2021). *El espacio público y las políticas participativas en los barrios populares: Un análisis a partir del programa Barrio Mío de la Municipalidad Metropolitana de Lima* [Tesis de licenciatura, Pontificia Universidad Católica del Perú]. Repositorio PUCP. <https://repositorio.pucp.edu.pe/index/handle/123456789/178869>

FAO. (2021). *El estado de la seguridad alimentaria & la nutrición en el mundo*. FAO.

Fernández Wagner, R. (2007). *La ciudad informal: Barrios & villas en América Latina*. Ediciones Universidad Nacional de General Sarmiento.

García Canclini, N. (2002). *Latinoamérica: Todos los nombres*. Universidad Autónoma Metropolitana.

Grazioli, M. (2021). *Housing, urban commons and the right to the city in post-crisis Rome: Metropoliz, the squatted città meticcica*. Palgrave Macmillan.

Guendel, S. (1999). *Derechos humanos & desarrollo urbano*. Ediciones CES.

Harvey, D. (2003). *Espacios de esperanza*. Akal.

Harvey, D. (2013). *Ciudades rebeldes: Del derecho de la ciudad a la revolución urbana*. Akal.

Jamenson, F. (1991). *Postmodernism, or, The cultural logic of late capitalism*. Duke University Press.

Jara, O. (2020). *La sistematización de experiencias: Prácticas & reflexiones*. CIPCA.

Lefebvre, H. (1978). *De lo rural a lo urbano*. Siglo XXI.

Lefebvre, H. (1969). *El derecho a la ciudad*. Ediciones Península.

Lefebvre, H. (2013). *La producción del espacio* (E. Martínez, Trad.; I. M. Lorea, Prólogo). Capitán Swing Libros, S.L.

Lima Cómo Vamos. (2024). *Reporte anual de percepción ciudadana*. Observatorio Lima Cómo Vamos.

Matos Mar, J. (1988). *Desborde popular & crisis del estado*. Instituto de Estudios Peruanos.

Narciso, C. F. (2022). *Gobiernos progresistas y el giro a la izquierda: La producción discursiva del espacio público y las contradicciones socioterritoriales de la despolitización teórica en América Latina*. En Universidad Autónoma Metropolitana (Ed.), *La producción de la ciudad latinoamericana durante el neoliberalismo* (pp. 154-180). Universidad Autónoma Metropolitana.

Ocupa Tu Calle (2022). FIU6. Urbanismo Ciudadano ante tiempos de crisis Lima, Sistema Urbano.

Ocupa Tu Calle, ONU-Habitat y Fundación Avina. (2018). Intervenciones Urbanas Hechas por Ciudadanos: Estrategias Hacia Mejores Espacios Públicos. Lima: Ocupa Tu Calle, ONU-Habitat y Fundación Avina.

Ostrom, E. (2007). Understanding institutional diversity. Princeton University Press.

Paramio, L. (2002). Gobernabilidad, democracia & desarrollo. Paidós.

Putnam, R. D. (1993). Making democracy work: Civic traditions in modern Italy. Princeton University Press.

Queiroz Ribeiro, L. C. De, & Alves dos Santos Junior, O. (2022). La ciudad en la inflexión ultraliberal latinoamericana: Reflexiones a partir del caso de Río de Janeiro. En Universidad Autónoma Metropolitana (Ed.), La producción de la ciudad latinoamericana durante el neoliberalismo (pp. 49- 87). Universidad Autónoma Metropolitana.

Rodríguez, P., & Ríos, F. (2007). Ecología social & acción comunitaria. Ediciones CEU.

Salcedo Hansen, R. (2002). El espacio público en el debate actual: Una reflexión crítica sobre el urbanismo post-moderno. EURE (Santiago), 28(84), 5–19. <https://doi.org/10.4067/S0250-71612002008400001>

Scott, W. R. (2005). Institutional theory: Contributing to a theoretical research program. Great minds in management: The process of theory development.

Sennett, R. (1977). The fall of public man. W. W. Norton & Company.

Sennett, R. (2000). La corrosión del carácter: Las consecuencias personales del trabajo en el nuevo capitalismo. Anagrama.

Soja, E. W. (1996). Thirdspace: Journeys to Los Angeles and other real-and-imagined places. Blackwell.

Soldano, D., Novick, A., Cravino, M. C., & Barsky, A. (Comps.). (2018). Pobreza urbana, vivienda & segregación residencial en América Latina. Universidad Nacional de General Sarmiento.

Takano, G., & Tokeshi, J. (2007). Espacio público en la ciudad popular: Reflexiones y experiencias desde el sur (Estudios Urbanos No. 3). DESCO. http://biblioteca.clacso.edu.ar/Peru/desco/20170223013615/pdf_869.pdf

Tonucci, F. (1996). La ciudad de los niños: Un modo nuevo de pensar la ciudad. Buenos Aires: Editorial Losada.

UN-Habitat. (2018). Ocupa tu calle: Estrategias para la revitalización del espacio público. ONU-Habitat.

Vega, A. L. (2022). Reflexiones en torno al urbanismo popular en México. EN Universidad Autónoma Metropolitana (Ed.), La producción de la ciudad latinoamericana durante el neoliberalismo (pp. 183- 199). Universidad Autónoma Metropolitana

